LA VOZ DEL UNIVERSO

LUCKY MARTY

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LA VOZ DEL UNIVERSO

LUCKY MARTY

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LUCKY MARTY

LA VOZ DEL UNIVERSO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 30

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

Depósito Legal B 2.989-1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1971

© LUCKY MARTY -1971

sobre la parte literaria

© TRIAY -1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

25 —Ballet cósmico. — *Curtis Garland.*

26 — Epitafio para todas. — *Peter Derby.*

27 — Los hijos de las tinieblas. — *Ralph Barby.*

28 — Ladrón de robots. — *Glenn Parrish.*

29 — El 32 de diciembre. — *Curtis Garland.*

¡Llamad a todas las estrellas! ¡Llamad las estrellas! El Universo responderá...

LEO SZILARD

CAPÍTULO PRIMERO

Saturno ahora tenía once lunas.

A sus diez satélites naturales, por obra y ciencia del hombre éste había conseguido situar en órbita al satélite artificial, que cumplía sus funciones de celoso observador del planeta adornado con los misteriosos anillos que le envuelven.

El «Saturno XI» era un pequeño mundo metálico, maravilla de la técnica y la electrónica. A simple vista, exteriormente no se diferenciaba en mucho a los otros diez satélites naturales, que desde la larga noche de los tiempos venían girando en torno al sexto planeta en orden de menor a mayor distancia al Sol.

Pero en su interior, en el «Saturno XI» todo era distinto.

Allí bullían quinientos seres humanos esforzándose en desentrañar los misterios que envolvían al planeta de los anillos, para mirar de añadirle algún día a su larga serie de conquistas espaciales, ansioso el hombre de dominar al menos todo su sistema solar.

Atrás, muy atrás, quedaba la conquista de la Luna, la de Marte, Venus, Mercurio y la del planeta gigante Júpiter.

También habían prosperado las observaciones y los sondeos sobre Urano, Neptuno y el lejano Plutón, perdido en los confines del sistema solar, ofreciéndole a los habitantes de la pequeña Tierra los límites que marcaban el hiperespacio exterior.

Pero ahora, antes de embarcarse en la fantástica aventura de ir más allá en busca de las estrellas, convenía que Saturno quedase bajo la inteligencia del hombre, que parecía estar dispuesto a no detenerse nunca.

¡Nunca!

Sin embargo, las dificultades eran muchas. Desde el «Saturno XI» se habían comprobado no solamente los datos que ya, desde mucho tiempo atrás, se conocían del planeta del mismo nombre. Eso de que su diámetro ecuatorial midiese 119.700 kilómetros siendo, por tanto, 9'4 veces superior al de la Tierra, no tenía mayor importancia. Como no la tenía que su volumen resultase 745 veces mayor.

Pero empezaba a tenerla el que estuviese a una distancia media del Sol de 1.430 millones de kilómetros, ya que partiendo de su corteza terrestre, el hombre tenía que viajar con cada tornillo de sus instrumentos de investigación nada menos que entre 1.186 a 1.647 millones de kilómetros, según en la fase de su recorrido donde se encontrase.

Doscientos años después de la primera explosión atómica en Hiroshima y Nagasaki, el hombre había aprendido a utilizar la fuerza del átomo para algo más útil y constructivo que para aniquilarse. En el año 2145 todas las astronaves surcaban el espacio propulsadas por energía nuclear, capaces de alcanzar velocidades de vértigo con las que siempre había soñado.

No obstante, el Universo continuaba siendo infinito para él y la hipotética superficie del planeta Saturno inalcanzable.

En cuanto a sus características físicas, se sabía que su densidad equivalía a 0’13 la de la Tierra y a 0’72 la del agua. Se había medido, ya hasta la saciedad, que la intensidad de la gravedad en la superficie de Saturno era igual a 1’06 comparada con la gravedad de la Tierra, con un promedio de luz y de calor recibido del Sol de 0'011, tomando como unidad el recibido en el globo terráqueo.

Todo esto presentaba problemas muy difíciles de resolver, para la toma de un contacto directo con el planeta.

Pero había más.

La superficie de Saturno ofrece a la visión telescópica toda una serie de bandas o fajas paralelas al ecuador, de coloración gris parduzca, que resaltan sobre las coloración rosada de la zona ecuatorial y la azulada de las regiones polares. Todo esto hacía suponer que Saturno se encontraba envuelto en una densa atmósfera y que sólo es posible observar la capa más extensa de ésta, cuya temperatura estaba siendo evaluada en unos 150° bajo cero, al estar constituida principalmente por amoníaco y metano.

Las mismas manchas blancas que se podían observar desde el satélite artificial «Saturno XI», eran atribuidas a nieve amoniacal.

Para mayor dificultad, el planeta se encontraba rodeado de un anillo que se presenta como una reunión, agrupación muy compleja, de diversos anillos concéntricos.

Respecto a la real naturaleza de este conjunto anular de tan llamativo aspecto, parece deducirse su composición por un número enorme de astrolitos aislados entre sí, animados de un rápido movimiento de giro alrededor del astro central y, aproximadamente, en su mismo plano. La persistencia y superposición de las imágenes daría la sensación de continuidad que se observaba con la ayuda de los más modernos y poderosos telescopios.

Esta barrera natural que el planeta Saturno ofrecía, como primera resistencia a la curiosidad insaciable del hombre, estaba siendo estudiada en todos sus aspectos.

Si los anillos concéntricos constituían una plataforma sólida por la concentración de miríadas de millones y millones de astrolitos, llegaría el día que cualquier astronave podría posarse allí: entonces los arriesgados astronautas se encontrarían en envidiable posición para echar una mirada al planeta y, por decirlo así, asomarse al interior de aquel nuevo mundo para terminar de conquistarle.

Todos los científicos destinados en el «Saturno XI» habían sabido cumplir gran parte de su ardua tarea. Ya sabían que las dimensiones del conjunto de los anillos era de 278.000 kilómetros de diámetro exterior, con 149.000 de diámetro interior. Que tenían una anchura en conjunto de 67.400 kilómetros; un espesor de 70 kilómetros y una masa de conjunto anular con respecto al planeta de 1/600.

Y todo esto en menos de un año de encontrarse allí, girando y girando como un satélite más de Saturno, a 1.647 millones de

kilómetros de la madre Tierra, que los había enviado como adelantados del progreso de su supercivilización que se negaba a admitir barreras.

Aparte del examen de los anillos de Saturno, la tarea estaba centrada en la inmediata posibilidad de poner las plantas en la totalidad de sus diez satélites naturales.

Plataformas ideales puestas allí por la misteriosa ley gravitacional del Universo, se pretendía con su conquista el gran ahorro de otras estaciones orbitales que se precisaban.

Esto no era ningún sueño irrealizable, habida cuenta que ya existían observatorios astrofísicos sobre la superficie de la Luna. La cuestión era descender en alguno de los diez satélites naturales de Saturno, estudiarlo, vencer las dificultades que presentase y establecerse allí.

Por orden de menor a mayor distancia al planeta, «Minas» y «Encélado» se encontraban a 185 y 238 millares de kilómetros, respectivamente. «Tetis», «Dione» y «Rea», a 294,337 y 527 millares de kilómetros, también respectivamente. «Titán» giraba a 1.223 millares de kilómetros, «Temis» a 1.460, «Hiperión» a 1.484, «Yapeto» a 3.563 y «Fepe» a 12.950 millares de kilómetros.

Una fiel y numerosa familia, a la que se había unido un nuevo hijo de la ciencia: el «Saturno XI», que giraba a sesenta millones de kilómetros presidiendo aquella eterna danza de cuerpos celestes en torno al planeta a conquistar.

Pero la más importante de estas lunas era «Titán», por poseer un diámetro de 4.200 kilómetros y una masa equivalente a 1’8 mayor que la de la Luna. Era uno de los pocos satélites del sistema planetario que presenta atmósfera, aunque las mediciones llevadas a término en los laboratorios del «Saturno XI» denotaban que tal atmósfera podía resultar altamente perjudicial para el hombre, al contener ácidos y formas de sales venenosas.

Claro que esto no sería precisamente lo que le detendría.

En la superficie de Marte tampoco se podía respirar libremente y, sin embargo, creando los medios necesarios, ya vivía allí una colonia terrestre de más de doscientos millones de personas.

¿O es que no había cantado un poeta loco, que el hombre pondría sus plantas pecadoras en la misma candente superficie del

padre sol...?

Y, en cierta forma, los poetas locos son los adivinos del futuro.

¿O no...?

CAPÍTULO II

Jerry Kelly era uno de estos poetas locos.

Aunque él no compusiera poesías ni perdiese su tiempo en la composición de odas más o menos rítmicas y acertadas.

La «locura» del joven Jerry Kelly era la ciencia. Concretamente la ciencia acústica, empeñado desde muchos años atrás en dar forma concreta a unas atrevidas teorías de su padre que, por desgracia al morir, no había podido terminar.

Pero Marty W. Kelly había dejado a su hijo los suficientes datos para que Jerry prosiguiera su labor. Sobre todo, le había dejado la conclusión de sus atrevidas teorías en todo lo concerniente al sonido, las ondas vibratorias trasladándose sin cesar en el espacio y un gran cúmulo de datos sobre sus leyes inmutables, los *hertzios* y todos esos nombres complicados que completan la ciencia de la acústica.

Lo que el sabio Marty W. Kelly no había dejado al morir era fortuna, y por lo tanto, los medios necesarios para que su hijo Jerry prosiguiera el estudio de aquellas investigaciones tan costosas.

Debido a esto, Jerry Kelly no había podido llevar de una forma satisfactoria sus experimentos, viéndose a la par obligado a aceptar uno de los puestos entre los destacados en aquel satélite artificial, puesto en órbita en torno a Saturno.

Y en el «Saturno XI», a más de mil millones de kilómetros de la Tierra, aislado en aquel pequeño mundo metálico donde también trabajaban otras 499 personas, en sus ratos libres, una vez cumplidas sus obligaciones de ingeniero electrónico especializado en el sonido, se esforzaba en realizar su invento.

Un invento del cual solía decir con calor:

—Revolucionará toda nuestra civilización, haciéndola más noble, más pura...

¡Muchísimo más humana!

Pero a muy pocos hablaba de lo que realmente sería «su invento».

Jerry Kelly recordaba haberlo hecho en los primeros años de sus experimentos, aun estando reciente la muerte de su padre, con el resultado desagradable de haber visto que se burlaron de él. Y no sólo los particulares que no entendían de todas aquellas cosas de que él les hablaba, sino también los centros de investigación más prestigiosos, que terminaron por decirle, tras escuchar sus peregrinas teorías:

—Siga investigando, joven. Y cuando obtenga algún resultado positivo, no dude que pondremos a su disposición los medios necesarios para que su sueño sea una realidad.

¡Bonita forma de excusarse aquélla!

¿Cómo podía él seguir investigando por su cuenta, si precisamente lo que le faltaban era eso, los medios?

Jerry Kelly había calculado que necesitaba un laboratorio bien dotado, con los adelantos más modernos y la capacidad para crear las máquinas y los delicados instrumentos que precisaba. Desgraciadamente, no se trataba de «inventar» un solo aparato, por más sensitivo y complicado que fuese, sino de muchísimos otros más que en el conjunto se completaban.

Para empezar, necesitaba una astronave capaz de viajar por el espacio a velocidades de vértigo, hundiéndose en las negruras sin fondo del hiperespacio para captar las ondas de los sonidos que buscaba. Eso sólo ya representaba un obstáculo que por sí mismo jamás podría vencer.

¿Cómo podía un particular poseer una de aquellas modernas

astronaves que realizaban los viajes interplanetarios?

Luego venía el sistema de antenas ultrasensibles, el juego de complicados magnetófonos, el delicado mecanismo que debería poner en juego la forma de filtrar y separar los sonidos; las cintas registradoras de esos mismos sonidos, la estación seleccionadora y...

¡Resultaba desesperante!

Y, no obstante, Jerry Kelly nunca perdió la fe de que algún día su maravilloso invento sería una realidad.

Una realidad que, como él firmemente aseguraba, transformaría por completo a la sociedad.

Palabras... Palabras... ¡Palabras!

Sí: precisamente en las «palabras» de Jerry Kelly basaba sus teorías. En los billones y billones de palabras que el hombre había ido soltando a través de su paso sobre la faz de la Tierra, desde el mismo día en que por primera vez balbució alguna cosa inteligible, al intentar entenderse con los demás.

Desde el mismo instante en que el hombre dejó de ser una fiera, saliendo de la barbarie, para convertirse, gradualmente, en la eterna noche de los siglos, en un ser racional.

En una criatura superior.

Tan superior, que en más de una época de su larga historia, lleno de soberbia, había estado a punto de retar a su propio Creador, utilizando bárbaros métodos destructivos para aniquilarse a él mismo.

Como ocurrió cuando descubrió el empleo de la pólvora.

Como sucedió cuando alcanzó a utilizar la dinamita, la trilita, la terrible nitroglicerina. Como cuando estuvo a punto de exterminarse, al lograr desintegrar las reacciones en cadena del temible átomo.

Ninguna de esas críticas etapas en la historia del hombre volverían a poder repetirse, si es que algún día el soñador Jerry Kelly conseguía poner a disposición de la Humanidad su invento.

Aunque por el momento él tampoco pudiese ofrecer nada más que eso.

Palabras.

Palabras en forma de promesas, que siempre habían tenido poco eco.

* * *

Poco eco hasta que habló con el astrofísico Walter Lehman, responsable del funcionamiento del «Saturno XI» y encargado de aquel medio millar de hombres y mujeres destinados en la estación orbital.

A los pocos días de haber llegado a su destino, Jerry Kelly le habló de los motivos de su solicitud, anunciándole el anciano científico:

—Aquí, siempre y cuando sepa usted cumplir con sus obligaciones, podrá emplear su tiempo libre en lo que quiera.

—Gracias, profesor Lehman. Solicité este puesto porque el «Saturno XI» puede ser una excelente plataforma para mis experimentos.

—¿Sólo esa posibilidad le ha traído aquí, Kelly?

Jerry Kelly había reflexionado, antes de contestar, con absoluta franqueza:

—Sólo eso, profesor.

—¿No siente usted ninguna curiosidad científica por Saturno?

—Ninguna, señor. A mí sólo me absorbe la acústica

El astrofísico Walter Lehman había reflexionado a su vez, pasando su cuidada mano de dedos muy finos por sus encrespados cabellos grises, en un movimiento habitual en él por peinarlos. Y fue cuando quiso saber, siempre llevado por su afán científico:

—Hábleme de sus teorías sobre el sonido, joven. ¡Empieza usted a interesarme!

En verdad, Jerry Kelly pensó que sus teorías resultaban bastante confusas y complicadas para un profano en la materia. Pero delante de él tenía a un hombre eminente, reconocido sabio en astrofísica,

aeronáutica del espacio y de cerebro privilegiado, y por eso intentó explicar:

—Verá usted, profesor Lehman... Ya sabe que, aunque se acepte como «sonido» tanto el medio mecánico que lo ocasiona como su apreciación por el oído, físicamente considerado, es un movimiento vibratorio originado en un cuerpo, que se transmite a través de medios materiales elásticos y que, al llevar a nuestro oído, nos produce la sensación fisiológica del sonido.

—Comprendo, joven. Al entrar un objeto en vibración, pone en movimiento el aire que lo circunda, creando así unas zonas de presión que ustedes, los especialistas, llaman «ondas sonoras».

—¡Exacto, profesor! —exclamó, con entusiasmo, su joven subordinado—. Veo con verdadera alegría su clara comprensión, señor.

—Siga, por favor.

—Las «ondas sonoras» se propagan en el aire de una forma parecida a como lo hace la serie de anillos concéntricos que se forman en la superficie de un estanque de aguas quietas, cuando a él se arroja una piedra.

—Cierto: eso lo puede comprobar cualquiera.

—Así es, señor. Pero si en el agua lo puede comprobar cualquiera, no así en el aire, porque no se pueden ver esas «ondas sonoras».

El silencio del encargado del «Saturno XI» le animó al joven Jerry a seguir:

—Tampoco a cualquiera le es dado comprobar, por ejemplo, que si se lanza esa piedra al océano, las ondas concéntricas llegarán, salvando todas las dificultades que encuentren en su expansión, a la más apartada orilla, y una vez hayan llegado a la orilla opuesta, por lejana que esté, retornarán en un movimiento sin fin que, no por menos perceptible y cada vez más amortiguado, es menos real.

—Y por lo que dice, eso mismo ocurre en el aire, en el espacio, cuando se produce un sonido, ¿no?

—¡Exactamente igual, profesor Lehman! ¡Exactamente!

—¡Muy interesante recordar eso!

—Las ondas sonoras son también esféricas, se propagan siempre al mismo ritmo o frecuencia, con arreglo a la vibración que las originó. Excepto en aquellos casos en que el órgano productor del sonido esté en movimiento, perdiendo sólo en amplitud o intensidad en relación al cuadrado de la distancia.

La mano del anciano astrofísico invitó con amable gesto, tras dejar de peinar sus cabellos, añadiendo su joven interlocutor:

—Todos los materiales elásticos, como la mayoría de los metales, la madera, el aire, el agua, transmiten las ondas sonoras a velocidades generalmente superiores a la de la atmósfera. Concretamente, en el aire, la velocidad de propagación es de 331,8 metros por segundo, a la temperatura de 0o C, aumentando aproximadamente en 0,60 por grado de aumento.

Walter Lehman sonrió al oír lo último, consciente de que él no estaba, por más sabio que fuera, tan al tanto de aquellos datos como el ingeniero en acústica Jerry Kelly. Pero siguiendo en su idea, indagó:

—¿Y no influyen en la propagación del sonido las condiciones climatológicas, velocidad del viento, humedad ambiente y la presión atmosférica, por ejemplo?

—Por supuesto, señor. Pero todo eso son datos a tener en cuenta en la especialización, cuando deseamos «recuperar» un sonido que sabemos ha sido lanzado en tal sitio, en tal hora y en tales o cuales circunstancias.

La curiosidad científica del profesor Walter Lehman se agudizó, obligándole a pedir, cada vez más interesado:

—¡Un momento! ¿Acaso insinúa que se puede «recuperar» cualquier sonido que haya sido lanzado al éter?

—Así es, señor.

—¿Cualquier sonido que haya motivado ondas sonoras?

—Sí, profesor Lehman.

—Por ejemplo..., ¿las vibraciones que producen nuestras voces al hablar ahora?

¿Podría usted captarlas, «recuperarlas», como acaba de decir?

—Sí, señor Lehman. ¡Y eso es lo que intento!

—¿Cuándo podría recuperarlas?

—Cuando tenga todos mis instrumentos, lo mismo dará captarlas, o mejor dicho, «recuperarlas», dentro de una hora… ¡o de un siglo!

—¡No!

—Perdone que insista, profesor. Y no dentro de un siglo, sino de aquí a diez mil años, si para ello disponemos de los medios necesarios.

—Por favor, Kelly..., ¿quiere explicármelo?

—Con mucho gusto, profesor. Observe que en este caso poseemos los datos más precisos. En primer lugar, el sonido que producen las vibraciones convertidas en «ondas sonoras» de nuestras palabras, que sabemos a la velocidad en que viajan en su medio normal. En segundo, el sitio y la hora exacta en que tales palabras fueron lanzadas al aire, o al espacio, si quiere decirlo así. Luego, con lanzarnos en su búsqueda con un magnetofón ultramoderno provisto de un osciloscopio también ultrasensible, el problema sería explorar la zona donde calculamos «matemáticamente», por los cerebros electrónicos, que «están» esparciéndose en círculos concéntricos cada vez más ampliados esas palabras que deseamos «recuperar», dichas en esta habitación...

—¡Lo que dice es asombroso, amigo Kelly!

—Lo es, señor Lehman. Pero en el fondo sencillo, y eterno, como todas las leyes inmutables que rigen el Universo.

—¿Y esos... esos sonidos que producen nuestras palabras, no pueden salir fuera de esta habitación, de esta estación espacial, del «Saturno XI»? Quiero decir si no salen para perderse para siempre.

—Salir pueden, profesor. Perderse para siempre, no.

—¿Seguro?

—Si el hombre tiene los medios técnicos para ir detrás de esas «ondas sonoras», en algún sitio las «cazará», por decirlo así.

—Repito, mi joven amigo... ¡Eso es muy interesante!

—Hasta ahora, profesor Lehman, el hombre ha dejado escapar todos esos sonidos, perdiéndose en el espacio esa inmensa riqueza.

Algo extrañado por el calificativo, el astrofísico encargado del «Saturno XI» repitió como un eco:

—¿Riqueza dice?

—Enorme riqueza considero que son las palabras que pronunciaron, por ejemplo..., Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles,

Jesucristo...

Hizo una pausa, antes de añadir, con viveza:

—En fin... ¡Todo, señor! ¡Todo lo que se ha hablado y dicho, desde que el hombre tuvo la facultad de hablar!

—Pero eso..., ¡eso sería maravilloso, mi joven amigo! ¿Sabe usted lo que ha dicho?

—Perfectamente, profesor Lehman. Algo que vengo repitiendo aquí y allá en varios sitios... ¡Pero sin conseguir que me escuchen en serio!

Walter Lehman sonrió bondadosamente al calcular, nuevamente peinando sus grises cabellos revueltos al opinar:

—Comprendo ahora que en muchos sitios le hayan tomado por un loco.

—Créame, señor. ¡Ha sido desesperante!

—Le soy sincero, Kelly. ¡A mí también me cuesta trabajo admitir que eso que dice, algún día pueda ser una realidad!

—Pues lo tenemos al alcance de nuestras manos, profesor. ¡Yo llevo muchos años trabajando en ello! Y anteriormente lo hizo durante más de media vida mi padre.

—La verdad, Kelly... Creo que su entusiasmo le hace creer que pronto se conseguirá.

—¡No es mi entusiasmo, señor! ¿No disponemos ya de astronaves que surcan los espacios siderales, hundiéndose a velocidades de vértigo en el negro infinito del Universo? ¿Qué nos impide dotarlas de antenas osciloscópicas ultrasensibles diseñadas por mí, capaces de captar todos los sonidos que «viajan» en las ondas sonoras, rebotando aquí y allá, o siempre extendiéndose y extendiéndose en círculos concéntricos, como cuando hemos puesto el ejemplo de la piedra lanzada al estanque?

—Admitamos eso, Kelly. Pero captarían todos los sonidos. ¡Todos los ruidos!

—Sin duda, profesor. Pero es labor de niños hoy en día «seleccionar» los sonidos. Grabar y reproducir los sonidos es una

ciencia muy adelantada, desde que Edison inventó su fonógrafo. Desde entonces hasta la fecha han pasado muchísimos años y hoy en día disponemos de magníficas grabadoras. Además de eso, filtros convenientemente seleccionados y dispuestos desecharían todos los sonidos que no fueran la voz humana, con amplificadores bien dispuestos para devolverla todos sus matices, todas las inflexiones de quien las pronunció. Los hertzios...

—¿Los qué, Kelly? —indagó el anciano astrofísico—. Veo que, llevado por su entusiasmo, olvida la sencillez en su explicación, sin darse cuenta que no soy un especialista en la materia.

—Perdón, señor —reconoció Jerry Kelly—, Un «hertzio» es la unidad de frecuencia equivalente a una vibración o ciclo por segundo. La gama de frecuencia audible para el oído humano comprende desde los 16 hertzios hasta los 30.000 ciclos por segundo. Hoy sabemos que el oído no tiene la misma capacidad de audición para todas las frecuencias, siendo su sensibilidad mayor en el rango comprendido entre los 400 a 3.500 ciclos por segundo.

Walter Lehman volvió a sonreír, al pensar en voz alta:

—¿Y usted cree que podríamos oír cantar al gran Carusso, del que nos habla la historia de la ópera; a una Renata Tebaldi o a cualquier otro que, por ejemplo, hubiese cantado en la Scala de Milán o en el Metropolitano de Nueva York?

—¿Por qué no? —exclamó, lleno de absoluta certeza, su interlocutor—. Y hasta con toda la primitiva riqueza de sus matices, sus entonaciones y sus bonitas voces.

—¡No me diga!

—¡Pues será así! Para ello sólo tendremos que saber exactamente el lugar, la hora exacta en que actuó, conocer al máximo, si ello es posible, las condiciones climatológicas de aquel día o aquella noche, agrupar, matizar y seleccionar otros importantes datos, someterlos a la previa revisión de un cerebro electrónico especializado o a una computadora, para partir luego a captar, a «rescatar» con las potentes antenas ultrasensibles y osciloscópicas que le dije, esas voces que siguen esparciéndose por el espacio infinitamente. Luego llegará la labor de seleccionarlas entre los otros muchos ruidos que se capten y... ¡ya está!

—¿Así de fácil, mi querido Kelly?

—Así de fácil, una vez se consigan todos los complicados instrumentos por los que vengo suspirando hace tantos años.

—No hay duda, joven. Si consigue eso..., ¡será asombroso!

—Lo es: basta figurarse lo que significaría poseer en infinidad de cintas magnetofónicas, perfectamente seleccionadas por épocas, materias, disciplinas y hechos, no solamente todo lo que han hablado los hombres más sabios que han existido en generaciones pasadas, sino cada una y todas las palabras del género humano, desde que lo que llamamos civilización existe. Esa «biblioteca» sería como libros vivos, los libros de texto del futuro, poniendo al alcance de nuestras manos los pensamientos más acertados, los sentimientos más excelsos, los secretos más íntimos.

El anciano Walter Lehman no pudo evitar quedar con la boca abierta al oír que aquel joven exaltado continuaba exponiendo con calor:

—Oír la voz de un Sócrates cuando hablaba con sus queridos discípulos. Escuchar los sabios y resignados consejos de un Séneca dirigidos a Nerón. Oír de labios de un Goethe sus propios poemas. Sentir que la voz de un William Shakespeare nos recita sus obras inmortales. Escuchar los monólogos que un genial escritor como Dostoievski debió soltar en sus noches de insomnio o escuchar tocar al piano a un Beethoven, debe ser un placer tan inmenso a la par que tan educativo, que todo medio para hacerlo posible resulta insignificante, por mucho que pueda costar.

Ladeando la canosa cabeza complacido, Walter Lehman musitó:

—Sí... ¡Debe ser delicioso!

—¡Pero aún hay más, profesor! Y no por lo que filósofos, pensadores, escritores, músicos, poetas y demás gente de gran valía puedan darnos con sus propias voces. Será maravillosamente definitivo porque ante todos estos testimonios de primera mano, muchos equívocos, muchas malas intenciones, muchos errores históricos y muchísimas falsas interpretaciones, intencionadas o no, serían aclaradas. Muchas mentiras dejarán de serlo, muchas falsedades ahora encubiertas saldrán a la luz, y con ella la verdad y la justicia resplandecerán como nunca han brillado desde que el mundo es mundo.

—Me temo que eso no les placería a muchos, Kelly.

—¡Al diablo los amigos de los tapujos, los enredos y las mentiras, señor! ¡Al infierno con toda hipocresía o error!

—Estoy pensando que también saldrían a la luz las conversaciones de no pocos gobernantes, hoy en día tenidos por personas irreprochables. ¡Pues no hay pocas confabulaciones sostenidas con el mayor secreto, que desconocemos!

—¿Y qué, profesor? Tengo para mí que al que le gusta vivir en el error y perpetuando el engaño y la mentira, no es muy digno.

—Cierto, joven, cierto... ¿Pero usted calcula la que se podría formar?

—¡Allá cada uno con su conciencia, señor!

Con las alas de su imaginación, el sabio científico debió ver todo un tremendo caos que le hizo exclamar, aunque medio divertido:

—¡Santo Dios lo que pasaría, hijo mío!

—Lo calculo, el día en que poderosas escuadrillas de astronaves surcaran el espacio, captando con sus antenas y aparatos ultrasensibles las palabras que serían seleccionadas de todos los otros ruidos. Una vez regresaran las naves a los laboratorios y matizada aún más esa selección, se podría saber, por ejemplo, lo que el último mecánico del «Saturno XI» le está diciendo ahora mismo a su amigo íntimo.

—¡Qué barbaridad! Eso sería violar un derecho que...

—Un derecho mal entendido, profesor. Estamos habituados a respetar cosas que al mismo tiempo permiten a los más malvados realizar sus planes. Todo hombre de bien no suele tener nada que ocultar.

Jerry Kelly hizo una pausa antes de añadir, para tranquilizar en parte al hombre que le podía ayudar:

—Además, profesor Lehman... Cuando mi invento se realice, si no queremos formar un caos y destrozar muchas reputaciones entrando en posesión de tenebrosos secretos, será preciso ir con mucho cuidado. Calculo que sólo los altos puestos directivos podrán tener acceso a estas grabaciones confidenciales.

—Está visto que todos los inventos tienen su cara y su cruz, mi

joven amigo. Y adivino que si el suyo puede traer enormes satisfacciones, también puede acarrear enormes problemas.

—Pero nunca se debe negar el progreso, señor Lehman. Al fin de cuentas, todo aquello que nos acerque al conocimiento de la verdad resulta moral y, por lo tanto, recomendable, señor.

—Me temo que la verdad absoluta nos asusta aún.

—Tiempo llegará en que no será así.

—¿Cree que puede servir para una autoeducación de las personas?

—¿Por qué no? Cuando tengan la certeza de que todo lo que hablen o digan, aun en el mayor secreto, puede ser «recuperado», se harán forzosamente menos intrigantes, menos mentirosas... ¡Más puras!

—Usted, por lo visto, sueña con un mundo ideal, joven.

—¿Es pecado hacerlo, profesor?

—No, no es pecado. ¡Pero sí una maravillosa locura!

—He oído esa palabra muchas veces. A mi pobre padre también le calificaron en muchas ocasiones así. ¡Pero yo sé que no estoy loco, señor! ¡No lo estoy!

—No digo tal cosa, Kelly.

—Verá usted... Será cuestión de un proceso ascendente: se empezará por medir las palabras, de las que se derivan normalmente los hechos y las acciones. La conducta de todo el género humano se irá modificando gradualmente. Hasta el día en que cualquiera de los hombres o de las mujeres se muestren ante los demás tal y como en un principio fueron. Esto es..., ¡como a imagen y semejanza de Dios!

—¡Lo dicho! ¡Es usted un loco maravilloso!

—Entonces sólo les quedará sus pensamientos, aunque día llegará que también éstos podrán ser expuestos a la clara luz.

Walter Lehman se levantó tras su monumental mesa de despacho como para indicar que la entrevista había terminado, pero no sin comentar sonriente:

—Ha sido un verdadero placer escucharle, Kelly. Y de antemano le prometo hacer todo lo que esté de mi parte para que siga trabajando en su proyecto.

—Se lo agradezco mucho, profesor.

—Es más, si usted me lo permite, en mis ratos libres colaboraré con usted, y no tengo inconveniente alguno en convertirme en su ayudante.

—¡Oh, no, señor! El profesor Walter Lehman nunca podría ser un simple ayudante mío. Usted es sobradamente conocido para...

—¡Pero sin entender nada de su especialidad, Jerry! Y créame que su idea me apasiona.

—Si de veras es así, me congratulo de haberlo dejado todo en la Tierra y estar ahora aquí.

—¿Ha dejado mucho, Jerry? —quiso saber el anciano. Jerry Kelly guardó silencio antes de contestar:

—Todo lo que tenía, profesor.

—¿Una mujer, quizá...?

—Sí... Íbamos a casamos, pero ella nunca me comprendió del todo. Por otra parte, cuando algunas veces me ponía a hablarle de todo eso, también..., ¡también me llamaba loco o visionario!

Sonriendo para quitar solemnidad a sus palabras, el anciano astrofísico comentó:

—En ese caso, ha llegado usted a buen puerto. ¡Aquí todos estamos locos! ¿No le parece bastante locura solicitar vivir a más de 1.600 millones de kilómetros de nuestro querido planeta?

—Quizá, señor. Pero, como usted dijo antes, es una locura maravillosa porque gracias a que siempre han existido «locos» así, la Humanidad ha podido ir progresando.

—Estamos de acuerdo, joven.

Y los dos hombres se estrecharon la mano con viva emoción.

Al fin, Jerry Kelly había encontrado alguien que le comprendía completamente.

CAPÍTULO III

Mes y medio después de su primera entrevista con el hombre responsable del funcionamiento del «Saturno XI», Jerry Kelly podía presentar resultados y, por lo tanto, se sentía satisfecho.

En la décima planta del satélite artificial, junto a los hangares donde se alineaban las cinco astronaves de que estaba dotado el «Saturno XI», el anciano astrofísico Walter Lehman le había permitido que instalase sus laboratorios.

Una serie de habitaciones que se comunicaban entre sí, alineadas en el último piso para que sus techos pudieran quedar en parte medio abiertos hacia el exterior, contenían los delicados instrumentos ultrasensibles que Jerry Kelly había ido montando con la ayuda de sus colaboradores.

Hombres como él, destinados en el «Saturno XI», pero que no dudaron en emplear sus horas libres en aquel nuevo proyecto. Jerry les había hablado sobre sus teorías en Acústica y de los viejos sueños que su padre no pudo realizar.

A este fantástico proyecto, después de discutir mucho y una vez que se pusieron de acuerdo, le bautizaron con el nombre de «La voz del Universo».

Jerry Kelly había aceptado la sugerencia de sus amigos colaboradores, al razonar con ellos:

—¡Me gusta eso de «La voz del Universo»! Porque, efectivamente, será el Universo el que nos «hablará». Nosotros, con la ayuda de estos instrumentos que vamos construyendo, captaremos todos los sonidos que viajan en el espacio. ¡Y las estrellas nos confiarán sus secretos!

La mayoría de los que voluntariamente se unieron a la tarea no entendían una palabra de Acústica. Pero eran jóvenes, también sentían entusiasmo por la ciencia, y con palabras vivas, con su característica vehemencia y calor, Jerry supo explicarles lo que sería su «invento» y todo lo que podría conseguirse con él.

Por otra parte, si sus colaboradores no eran especialistas en cuestiones del sonido, sí lo eran en otras materias. Por ejemplo, Billy Laughton y el rubio Ramy Piccole eran ingenieros en electrónica. Michel Sauet era todo un experto en cuestiones mecánicas, capaz de diseñar, montar y construir el mecanismo más complicado, con tal de que se le diera una idea cabal de lo que se le pedía. El hercúleo Arthur Hadmond era todo un genio en electrodinámica, y la gentil Marlene Power no hacía mucho que se había doctorado en Cibernética, esa complicada ciencia que se cuida del arte de construir y manejar aparatos y máquinas que, mediante procedimientos electrónicos, efectúan automáticamente cálculos complicados y otras operaciones similares.

Con esta eficaz ayuda y, sobre todo, con el decidido apoyo del anciano astrofísico

Walter Lehman, que gobernaba aquella pequeña colonia de quinientos seres humanos destacados en el espacio, Jerry Kelly esperaba muy pronto conseguir su objetivo.

«La voz del Universo» no tardaría en hacerse oír.

Sólo les faltaba equipar con los mismos instrumentos, pero reducidos a menor tamaño, a cualquiera de las cinco astronaves de las que disponían. Entonces efectuarían los cálculos necesarios con la ayuda de los cerebros electrónicos que ya habían montado, para que la nave saliera a «recuperar» las palabras que, siempre según las teorías de Jerry Kelly, continuaban incesantemente a través de los siglos extendiéndose en el espacio infinito.

A Jerry Kelly le habría gustado elegir un momento decisivo en la

dilatada historia del hombre. Por ejemplo, había soñado con «recuperar» las palabras de Jesucristo cuando habló a sus discípulos la tarde que pronunció su maravilloso «Sermón de la montaña».

Pero oír directamente nada menos que la palabra del Hijo de Dios era aún una quimera soñada. Y no porque hiciera ya tantos siglos; eso era una simple cuestión de cálculo de computadora. Los cerebros electrónicos se encargarían de las ecuaciones necesarias, teniendo en cuenta todos los datos que se les suministrase.

A tantos siglos, tantos años. A tantos meses, tantas semanas. A tanto día, tantas horas, minutos, segundos y centésimas de segundo.

—Total, nada —decía Jerry.

Calcular también dónde estarían esparciéndose las ondas sonoras que entraron en vibración al ser pronunciadas las divinas palabras, resultaría sencillo.

El Universo era inmenso y, por lo tanto, según las leyes de la Acústica, estarían en alguna parte del espacio, extendiéndose más y más.

Jerry Kelly era un genial especialista en todas estas cuestiones. Sabía de memoria la distancia que recorría el sonido en un segundo: en circunstancias normales y a la temperatura de 0o C, a 331,8 metros, aumentando aproximadamente en 0,60 por grado.

—Os lo digo —insistía—. ¡Cuestión de cálculo!

Si en un segundo el sonido recorría 331,8 metros, en un minuto lograría salvar la distancia de 19.908; en una hora, 1.194.480; en un día, 28.667.520, y en un año, 10.463.644.800 metros.

Diez mil cuatrocientos sesenta y tres millones con seiscientos sesenta y cuatro mil ochocientos metros divididos por mil quedaban en diez millones cuatrocientos sesenta y tres mil seiscientos cuarenta y cuatro kilómetros, con un residuo de ochocientos metros. Esta cantidad no había nada más que volverla a multiplicar por cien, para saber cuántos kilómetros recorría el sonido en un siglo. Si la Historia decía que Jesucristo vivió en Galilea hacía veintiún siglos y medio, más o menos, no había nada más que efectuar otra operación aritmética.

Total: con estos cálculos no hechos al segundo ni de forma rigurosa, las palabras que lanzó al viento el Hijo de Dios continuarían

extendiéndose a una distancia de la Tierra del orden de los veintidós mil millones de kilómetros de su punto de partida.

Pero ellos mismos, dando incesantes vueltas sobre el planeta Saturno, ¿no estaban ya a cerca de dos mil millones de kilómetros de la Tierra?

Con sus antenas ultrasensibles en el morro, la astronave no tendría nada más que ir a veinte mil millones de kilómetros para «cazar» las ondas sonoras buscadas.

¿Y no aseguraban los astrofísicos y los más eminentes hombres de ciencia que, una vez fuera del Sistema Solar, ya deslizándose por el hiperespacio exterior, libres de la fuerza gravitacional del Sistema, las astronaves podían ver centuplicada su velocidad?

¿Qué era, entonces, esa distancia a salvar?

—¡Es ir hacia el infinito! —manifestó la doctora Marlene Power, uno de los días que discutían sobre aquellos problemas.

Con sus ojos de soñador, Jerry Kelly clavó la vista en la joven científica y opinó seriamente:

—Precisamente ése ha debido ser siempre el camino del hombre, mi querida amiga. ¡El infinito!

De todas formas, Jerry Kelly tuvo que prescindir de captar con sus ingeniosos mecanismos acústicos aquellas palabras divinas que tanto ansiaba y le habría gustado poder ofrecer al mundo. La Historia no daba los datos precisos necesarios sobre la vida del Hijo de Dios; al menos, por lo que se refería al tiempo y el lugar donde predicaba en un momento dado su divina doctrina.

—¿Qué tal el discurso que el presidente Abraham Lincoln lanzó tras la batalla de Gettysburg? —propuso el ingeniero electrónico Billy Laughton.

—¡Sí, Jerry! —remachó su compañero Michel Sauet—.

De esas fechas sí tenemos datos precisos. Lugar exacto, fecha fija y todo lo demás.

—Estudiando la historia, yo leí ese discurso del presidente Lincoln —recordó la rubia

Marlene Power, uniéndose a ellos—. ¡Es maravilloso!

—Más lo será cuando se lo puedas oír pronunciar a él mismo —aseguró Jerry Kelly, al parecer aceptando la propuesta de sus compañeros.

—¿De veras crees que lo podrás conseguir, Jerry? —quiso confirmar la muchacha.

—Has dicho mal, Marlene. ¡Todos trabajamos aquí en equipo! Por lo tanto, de lograrlo, será un triunfo de todos.

—¡Protesto! —gritó el gigantón y hercúleo Arthur Hadmond, con su recio vozarrón de trueno.

Todos le miraron dejando de trabajar, reuniéndose en torno al alto especialista en electrodinámica, que añadió, procurando refrenar su tono:

—Sí, amigos. ¡He dicho que protesto!

—¿Por qué, Arthur?

—Porque nosotros no somos nada más que simples aprendices en Acústica. Aquí, el que lleva la batuta es Jerry y nosotros sólo le ayudamos a montar los aparatos que nos indica.

Jerry Kelly miró al gigantón agradecido, pero manifestando:

—Eres muy amable, Arthur, pero insisto que no busco en esto gloria personal. Más bien es como... Sí, amigos: como «algo» que llevo desde hace años dentro y estoy ansioso por soltar, para poder ofrecérselo a todos los hombres.

Ladeó la cabeza como siempre hacía cuando reflexionaba o recordaba algo, añadiendo, tras breve pausa:

—Recuerdo cuando mi padre ya trabajaba en esto. Yo entonces era muy joven y no podía comprender bien todo lo que me enseñaba. ¡Me aburrían aquellas complicadas ecuaciones y todos aquellos cálculos!

—Tu padre era uno de los doce sabios que había en el Instituto Wilder. ¿Verdad, Jerry? —quiso saber Marlene Power.

—Sí... Ganó unas oposiciones reñidísimas y le dieron la cátedra de Acústica, pero...

Con su brusquedad habitual, siempre marchando directo hacia las cosas, Arthur Hadmond intentó adivinar:

—¿Murió...?

—Sí, Arthur... De accidente. Una tarde explotó algo en su laboratorio y se le encontró carbonizado. Afortunadamente, todos los diseños y planos los tenía en casa. Yo vivía con una tía mía que...

El visófono empezó a zumbar y la pantalla se iluminó, mostrando el rostro arrugado del profesor Walter Lehman. La comunicación venía directa del despacho del director del «Saturno XI» y anunció, con su voz alto excitada:

—¿Está por ahí Jerry?

Jerry Kelly se acercó al aparato, consciente de que la pantalla reflejaría su imagen en el despacho del astrofísico.

—Usted dirá, profesor.

—Hola, Jerry. ¿Haces el favor de venir? Tengo que notificarte algo. El zumbido cesó al quedar desconectada la pantalla.

Todos se acercaron al joven ingeniero en Acústica, pero fue la muchacha rubia la que habló:

—¿Qué pasa, Jerry?

—No sé, Marlene. Pero creí notar alguna sequedad en la voz del profesor.

—Yo también lo he notado —terció Michel—. Habló como cuando está preocupado por algo.

Jerry Kelly extendió la vista por sus voluntarios colaboradores y anunció:

—Ya está bien por hoy, amigos. ¿Qué tal si nos volvemos a reunir en la sala comedor?

—Querría terminar esa dinamo que me da tanta guerra y...

—Sabes que debo cerrar estas habitaciones, Billy. El sistema de seguridad lo exige así.

—Está bien, ya lo haré mañana.

Todos salieron y Jerry Kelly manipuló sobre el tablero que había junto a la puerta, para que las células fotoeléctricas registraran la clave que sólo repitiéndola volvería a permitir que alguien entrase en aquellas habitaciones metálicas, herméticamente cerradas por el control remoto.

Por la cinta del pasillo movible llegaron hasta el ascensor, que les fue distribuyendo por las otras plantas, al tener cada uno que volver a ocupar su puesto en la estación espacial.

La última en despedirse fue Marlene Power, que anunció, antes de que Jerry Kelly caminase hacia el despacho del director del «Saturno XI»:

—No faltes a la cena, Jerry… Quiero consultarte sobre esas dichosas antenas.

—¿Aún no resolviste el problema, Marlene?

—No… Es más difícil de lo que parece. Si deben tener la longitud de onda que tú pides, en los osciloscopios tendremos que poner más células de isótopos imantados con el peso específico de…

La muchacha rubia se interrumpió, sonriendo al despedir:

—No hagas esperar al jefe ahora, Jerry. Ya hablaremos luego.

—Tienes razón. Hasta más tarde, Marlene.

Minutos después, las puertas del monumental despacho del director del «Saturno XI» se abrían.

Y Jerry Kelly vio en el rostro del anciano Walter Lehman que, efectivamente, algo muy grave debía estar pasando.

CAPÍTULO IV

La primera palabra que sonó en aquel recinto fue ésta:

—¡Se acabó!

Jerry Kelly se acercó hacia la mesa tras la que estaba sentado el viejo profesor. Pensó que había oído mal e indagó, sin osar sentarse como otras veces:

—¿Cómo dijo, señor Lehman?

—Dije que se acabó, Jerry. ¡No más experimentos de acústica!

—Pero, señor... Ahora que hemos trabajado tanto, cuando estamos a punto de conseguirlo y...

—Sabes mejor que nadie el interés que he puesto en esto, muchacho. ¡Lo sabes muy bien!

—Precisamente por eso, señor Lehman. No comprendo cómo ahora...

Walter Lehman dejó de peinar con los dedos su gris cabellera, antes de bajar la mano hacia un papel que había sobre la mesa y ofrecer:

—Lee esto, Jerry. Quizá te explique...

Jerry Kelly leyó velozmente el comunicado. Era un mensaje radiado, procedente de la nave espacial nodriza, la que efectuara los viajes de satélite artificial a satélite, aprovisionando de lo que ella a su vez iba recibiendo desde la lejana Tierra.

En síntesis, aquel comunicado advertía: No más experimentos acústicos en el «Saturno XI». Todos los trabajos que se realicen fuera del programado estudio del planeta y la constitución de sus anillos serán considerados como un fraude. Y del gasto inútil del valioso material que se haya utilizado será responsable el director del «Saturno XI».

Jerry Kelly miró al anciano astrofísico y musitó, cada vez más preocupado:

—¿Cree... cree que esto le perjudicará, señor?

Walter Lehman hizo un leve encogimiento de hombros al musitar:

—Es evidente, Jerry. En el montaje de tus laboratorios hemos gastado material muy valioso. Máquinas e instrumentos construidos aquí, que ellos... ¡Ellos no aprueban!

—¿Ellos, señor?

—Más claro, Jerry. La Junta Rectora del Programa Saturno.

—¿Quién la preside?

—Peter Masson, un hombre que hasta ahora fue muy amigo y que nada objetó cuando, en los primeros comunicados, le puse al corriente. Por supuesto, me dijo que siempre y cuando esa labor no interrumpiera el programaren vuestras horas de descanso podíais hacer lo que quisierais. Luego...

Jerry Kelly no interrumpió aquella pausa, escuchándole añadir:

—La semana pasada pedí las placas de los filtros que tú me pediste. Por lo visto en la nave nodriza no tenían ese delicado material y a su vez lo pidieron a la Tierra. Sabes que allí ven las cosas más meticulosamente y que todo el Programa Saturno debe ser aprobado por el Instituto Wilder. Bien...

Nueva pausa antes de terminar:

—Por lo visto, cuando Charles Wilder se enteró, puso el grito en el cielo. A estas horas ya viene hacia aquí una Comisión investigadora del caso. ¡He perdido mi puesto!

Walter Lehman ya tenía muchos años, pero en aquellos instantes aún parecía mucho más viejo. No era un secreto para nadie que aquel hombre había permanecido en el espacio más de la mitad de su vida. Pionero de la conquista de Marte, más tarde había tomado parte en el primer contacto directo con Venus, Mercurio y Júpiter. Precisamente en el planeta gigante había obtenido el preciado galardón «Einstein», por cierto sistema revolucionario que permitió dotar de atmósfera al planeta: quemando gigantescas montañas de rocas, se liberaba el oxígeno y el agua que en tiempos remotos Júpiter había tenido.

Y ahora, cuando el paso decisivo de su excelente carrera iba a tener lugar ante el planeta Saturno...

—Lo siento, profesor. ¡Nunca debió hacerme caso!

—¡Bah! No te preocupes, Jerry. En el fondo, tenía ya ganas de descansar. Me dedicaré a pescar truchas en algún río de Canadá.

—Pero usted ha dedicado toda su vida a...

—¡Ahí está! He dedicado toda mi vida a la conquista espacial, ansiando ayudar a los hombres a dominar al menos todo el sistema solar. Mi sueño ha sido ése... ¡Y te confieso que aún lo es! Un viejo como yo, con tanta experiencia acumulada, para ninguna otra cosa puede servir. Pero si «ellos»...

Se interrumpió al observar que el joven que le escuchaba deseaba hablar. Jerry Kelly sólo tenía en aquel instante en cuenta el perjuicio que Walter Lehman podía sufrir y apuntó:

—Conozco personalmente al señor Charles Wilder, profesor. Fue gran amigo de mi padre, al que conoció cuando logró ser uno de los doce sabios del Instituto Wilder. Quizá si pudiese hablar con él...

El anciano astrofísico sonrió agradecido, aunque indagando:

—¿Tienes confianza en ese hombre, Jerry?

—Verá, señor Lehman... En tiempos me creí vinculado en alguna manera con él. Su hija, Fanny Wilder, es la que... Iba a casarme con ella.

—¡Vaya, muchacho! No sabía una cosa así. ¿Y cómo el poderoso Charles Wilder no te ayudó en tus investigaciones?

—Siempre se opuso, ya que mi padre murió en ellas. Ya sabrá que Charles Wilder es un hombre muy emprendedor, al que le gusta mucho ayudar a la gente. Precisamente su abuelo fundó el Instituto Wilder para ayudar a la ciencia, y él ha seguido la tradición de la familia dotándolo de grandes sumas. Pero mil veces me dijo que lo que soñaba mi padre era una tontería. La Acústica no le interesa; Charles Wilder prefiere ver el nombre del instituto vinculado con la conquista de cualquier otro planeta.

Jerry Kelly pareció recordar al seguir:

—Últimamente discutimos, ante mi insistencia. Quizá fue eso lo que afectó a mis relaciones con su hija y yo... Bueno, profesor, solicité este puesto, como ya le dije cuando llegué, para seguir investigando. El «Saturno XI» es una plataforma ideal, ya que está tan lejos de la Tierra.

—Agradezco tu intención, Jerry, pero ya es demasiado tarde. La Comisión investigadora está al llegar. No creí que lo hicieran a la vista del informe que envié. En él detallaba todos los adelantos conseguidos en tu proyecto y los magníficos resultados que se podían obtener. Puse mucho empeño en esto porque yo... ¡Yo creo firmemente en tu sueño, Jerry!

Walter Lehman se levantó con mucha vivacidad para sus años, remachando, con gesto enérgico:

—¡Es más, muchacho! Hasta que oficialmente me releven de mi puesto de mando, nadie destruirá en el «Saturno XI» lo que has conseguido montar.

—¿Destruir dice, señor Lehman? —repitió, alarmado, el joven especialista en Acústica.

—Así es, Jerry. Recibí hace días una orden para que desmantelase tu laboratorio, con la excusa de que todo ese material empleado pueda adaptarse a otras funciones. No quise deciros nada, por si capeaba el temporal, pero... —su mano volvió a señalar la orden recibida—. ¡Ya ves!

—Parece que tienen un interés especial en impedir mis investigaciones, profesor. Es absurdo que, ya que hemos conseguido montar todo ese excelente equipo, ahora...

—¡Por eso mismo lo impediré! Y si me procesan..., ¡que me procesen!

—No, señor Lehman. Yo me haré responsable de todo. No puedo permitir que usted... Jerry Kelly se interrumpió al ver iluminada la gigantesca pantalla del radar adosada a la pared del fondo del despacho. Las coordenadas iban señalando un puntito cada vez más visible, y tras dar al botón correspondiente en el tablero de mando, Walter Lehman indagó por el visófono:

—¿Qué ocurre, Gassman?

Una voz impersonal llegó hasta ellos:

—Señor..., la nave nodriza se acerca. Dijo que quedará situada mientras lanza el vehículo en el que llegará la Comisión investigadora.

—Bien, Gassman. Ordena que sea dispuesta la plataforma número tres. Pero ese condenado de Peter Masson podía acercarse, en vez de enviarnos a todos esos señores.

La misma voz anunció:

—El general Masson dijo que debían llevar suministros a la base espacial «Mercurio». Volverán a quedar situados en el mismo sitio, para recibir al vehículo con los de la Comisión y...

—¡Suéltalo ya, Gassman! —apremió el responsable del «Saturno XI».

—Y con usted, señor.

El intercomunicador quedó bruscamente cerrado, al buscar el astrofísico la mirada de Jerry Kelly y exclamar:

—¡Ya oíste! No quieren perder tiempo.

Luego, oprimió otro botón, y al abrirse uno de los paneles del despacho, quedó en comunicación con sus ayudantes, que permanecían en la pieza contigua. El segundo encargado del «Saturno XI» avanzó hacia su jefe, y Walter Lehman anunció:

—Tendrás que hacerte cargo del mando, Anthonny. Antes de dos horas no volveré a ver esos bonitos anillos de ese condenado planeta.

—¿Ya vienen, profesor?

—Sí, Anthonny. ¡Ya vienen!

Jerry Kelly se sentía abrumado. Estaba confuso y no sabía qué decir ante el hombre que, por haberle ayudado, por haber creído en él y mostrarle su confianza, después de más de medio siglo de constante servicio activo estaba a punto de ver su magnífica carrera truncada.

CAPÍTULO V

Un hombre alto y desmesuradamente delgado, con un tic nervioso que le hacía fruncir la comisura izquierda de sus delgados labios, anunció:

—Soy Armstrong... Roger Armstrong, encargado de esta Comisión investigadora, profesor Lehman.

Walter Lehman miró con ojos cansados a los cuatro individuos que aquel hombre le presentaba con el movimiento en abanico de su mano, inclinando por cortesía ligeramente su canosa cabeza. Jerry Kelly hizo lo mismo, al igual que sus más directos colaboradores: el rubio Michel Sauet, el hercúleo Arthur Hadmond, el ingeniero electrónico Ramy Piccole, Billy Laughton y la agraciada doctora Marlene Power.

Todos ellos se sentían como acusados, al seguir escuchando la voz algo cascada y metálica de aquel Roger Armstrong, que siguió:

—Nuestra visita es muy desagradable, pero en vista de lo que han estado ustedes haciendo en el «Saturno XI», muy precisa. No han debido olvidar, sobre todo usted, profesor Lehman, que el programa no admite modificaciones ni...

—Nadie ha modificado nada, señor Armstrong —rectificó, también, la voz fría del anciano astrofísico—. Los análisis, las mediciones y los sondeos sobre Saturno han continuado a su ritmo

normal. Me apoyo en los informes que periódicamente Peter Masson ha debido recibir en su nave nodriza.

—Pero se han enzarzado en serias investigaciones acústicas, utilizando esta base como una plataforma para algo que no estaba en el programa.

—Insisto en decirle que su jefe, Peter Masson, estaba al corriente. Se lo comuniqué nada más decidir que Jerry Kelly pedía realizar esa labor suplementaria para seguir adelante con sus ensayos.

—Permítame que le recuerde personalmente al señor Kelly que esos ensayos y experimentos quedaron interrumpidos en el Instituto Wilder con la desgraciada muerte de su padre. El señor Charles Wilder en persona le dijo que...

—No creí que el Instituto Wilder se opusiera a que siguiera investigando aquí —objetó el aludido.

—Ya ve que sí; nada más que ha llegado información sobre el caso a la Tierra, hemos recibido orden de suspenderlos.

—¿Puedo preguntar por qué, señor Armstrong?

—Su pregunta es capciosa, señor Kelly. Tratándose del material tan valioso que ha precisado utilizar, debe saber que esa pérdida, ya en sí, constituye un grave delito.

—No es ninguna pérdida. Algún día...

La mano fina y huesuda en extremo de Roger Armstrong se movió en el aire al atajar:

—Si algún día es aprobado su programa, yo y el general Peter Masson seremos los primeros en felicitarle, señor Kelly. Pero, de momento, debemos oponernos enérgicamente. Todo su valioso laboratorio será trasladado al vehículo que nos ha traído, para ser llevado a la nave nodriza del general Masson.

Nuevamente su mano se agitó para impedir que aprovechasen el respiro que tomó, al advertir:

—Y todos ustedes quedan relevados de sus puestos, incluyendo, claro está, al profesor Walter Lehman, que espero no tenga nada que objetar.

—Si son órdenes superiores, las tendré que aceptar, señor Armstrong.

—Lo son, profesor. Usted mismo puede ver la firma del general Masson. Sé que es su amigo, pero si a él le presiona también, comprenderá que nuestro deber es...

Dejó las palabras colgando, y Jerry Kelly objetó:

—¿Es preciso desmantelar mi laboratorio, señor Armstrong?

—¡Totalmente necesario! Esta Comisión ha sido enviada precisamente para eso, al tiempo que valora en su justa medida todos los instrumentos empleados. Tengo entendido que ha precisado muchos instrumentos creados por ustedes mismos.

—Así es. Nos ha costado mucho diseñarlos, y aún mucho más lograrlos. Tenga en cuenta que el cometido que deben desempeñar jamás se ha intentado hasta ahora. Incluso mi padre no logró concebir ni la mitad de ellos. Hace unos años no se disponía de las técnicas actuales, ni quizá el pobre pudo encontrar tan buenos colaboradores como he tenido la suerte de encontrar yo.

Jerry Kelly dijo esto indicando a los cinco hombres que estaban a su lado y a la muchacha rubia, que, pese a obsequiar a los visitantes con la mejor de sus sonrisas, escuchó replicar a Roger Armstrong, como con visible satisfacción:

—Pues es una lástima todo ese trabajo, señor Kelly.

Luego se volvió a los cuatro hombres que le acompañaban, ordenándoles:

—Pueden empezar. Quiero un buen inventario, minuciosamente detallado pieza por pieza.

Aquel mismo día, reunidos los colaboradores de Jerry Kelly en la sala-comedor, con gran disgusto se enteraron que, terminado el inventario, todos sus instrumentos estaban siendo empaquetados, para ser transportados al vehículo espacial con el que partirían, ellos mismos también, hacia la nave nodriza.

Vehemente e incapaz de contenerse más, el hercúleo Arthur Hadmond propuso:

—¿No hay forma de impedirlo, Jerry?

—¡No seas bruto! —le objetó Michel Sauet—. ¿Cómo? ¿Liándonos a tortazos con esos lechuguinos de la Comisión investigadora?

—¿Por qué no?

—Porque no adelantaríamos nada, Arthur —les calmó Jerry Kelly. También resignada en parte, Marlene Power opinó:

—Dentro de unos días la nave nodriza quedará situada en espera nuestra. Si nos negamos a que embarquen esos aparatos y no vamos nosotros...

—¡No penséis más tonterías! —intervino Billy Laughton—. Eso sería una sublevación, y en bastantes líos le hemos metido ya al pobre profesor Lehman.

Barny Piccole nada había dicho desde que terminó la cena, pero abandonó su mutismo al indagar, mirando uno a uno a sus amigos:

—¿Creéis que nos enviarán a la Tierra?

—Eso no sería un castigo —opinó Arthur Hadmond.

La incógnita quedó despejada al otro día, cuando al efectuar el relevo en el puesto que Jerry Kelly tenía asignado, su compañero que dejaba el turno le deseó:

—Vais a necesitar mucha suerte, Jerry. ¡Hasta ahora nadie lo ha intentado!

Jerry Kelly fue a conectar la máquina del sondeo acústico para captar las ondas sonoras procedentes de la masa del planeta Saturno, cuando se interrumpió al indagar:

—¿A qué te refieres, Sydney?

—A los anillos. ¿No te has enterado?

—Vengo de mi camarote ahora. Por cierto que no he dormido mucho. Me he pasado la noche pensando en nuestro traslado, posiblemente a la Tierra.

Sydney puso cara perpleja al repetir:

—¿A la Tierra? ¡Pero si vais a los anillos! ¡Me lo ha dicho el capitán Quiin! Ya está preparando su astronave.

—¿Cómo dices, Sydney?

—Así es, Jerry. En la plataforma número cinco; por cierto que no sé para qué os van a servir todas esas máquinas que les has hecho construir a Marlene, Arthur y los otros.

Más asombrado todavía, Jerry Kelly abandonó su puesto al pedir:

—¿Puedes seguir un par de horas más, Sydney? Quiero confirmar todo eso que dices.

¡Necesito hablar con el profesor Lehman!

Sydney volvió a ocupar su puesto, aceptando compasivo:

—Puedes irte, Jerry. A un tipo que va a intentar aterrizar en alguna parte de los anillos de Saturno, se le puede permitir cualquier cosa. Es como cuando a uno le sentencian a muerte y...

—¿Quieres callar, Sydney?

Minutos después, Jerry Kelly estaba en el centro neurálgico de aquella maravillosa mecánica de acero que era el satélite artificial «Saturno XI». Ante él estaba nuevamente el anciano profesor Walter Lehman, quien confirmó ante sus preguntas:

—Así es, Jerry... ¡Vamos a intentarlo!

—Nada tengo que objetar, si me han elegido, profesor Lehman. Cuando acepté este puesto sabía a lo que me exponía. Pero me gustaría saber si mi designación, y la suya también, tienen algo que ver con lo otro.

—Así debe ser, muchacho, ya que en la tripulación han sido incluidos Arthur, Michel, Ramy, Billy y también..., ¡también Marlene Power!

Jerry Kelly casi dio un salto al avanzar hacia la mesa un paso más, exclamando:

—¿Ella también?

—Sí, Jerry... ¡Esa pobre muchacha, también!

—¿Pero por qué? ¿Por qué todo esto, señor Lehman?

—No lo sé, hijo. La orden ha venido directamente del general Peter Masson. Sin poderlo evitar, el hombre joven sacudió los dedos al exclamar:

—¡Pues sí que le quiere bien su buen amigo Masson! ¿Sabe que le envía a una muerte segura?

—El debe haber recibido a su vez órdenes, Jerry.

—¿Por qué dijo ese Roger Armstrong primeramente que volvería a la nave nodriza con nosotros, esos tipos que le acompañan y todos los instrumentos de mi laboratorio?

—El también lo creía así. La otra orden ha llegado posteriormente.

—¡De acuerdo! Sé que un día u otro había que intentarlo. Pero no me explicó por qué precisamente debemos ir nosotros seis incluidos en la tripulación del capitán Quiin.

Jerry Kelly paseaba nervioso por la amplia habitación, las manos cruzadas a la espalda, al proseguir, en vista del silencio del anciano:

—Y mucho menos me explico que tengan que cargar en la astronave del capitán Quiin todo mi material. ¿Para qué puede servir allí, si no estamos seguros si podremos tomar o no contacto en esos anillos condenados?

Casi con un hilo de voz, Walter Lehman afirmó:

—No podremos, Jerry... Cada vez estoy más convencido que no forman una plataforma sólida. ¡Son condensaciones de bases! ¡Y gases venenosos!

—Admito que alguien tenga que acercarse algún día para confirmar eso o negarlo, profesor. ¡Pero me cuesta creer que ha sido una «casualidad» nuestra designación!

El astrofísico se levantó despacio al decir:

—Yo tampoco temo a la muerte, Jerry. A mi edad, después de haber visto tanto y haber salido con bien en otras muchas circunstancias, eso no cuenta.

Su voz se hizo más enérgica y cambió de tono al exclamar:

—¡Pero me subleva que nos envíen allí como si quisieran...,

como si intentasen librarse de nosotros!

Jerry Kelly guardó silencio, respetando la cólera sorda de su jefe. Sabía que francamente seguiría exponiendo ante él todo lo que pensaba y no le extrañó oírle añadir:

—¡Qué narices! Nuestro delito no ha sido tan grave. ¿Qué? ¿Es que valen más esos millones que hemos gastado en instrumental, material y maquinaria que nuestras vidas?

—No es por ahí, señor Lehman. Lo prueba el hecho que están cargando esos instrumentos en la astronave del capitán Quiin. Bien que arriesguen nuestras vidas. La exploración del espacio, sobre todo de lo desconocido, usted mejor que nadie sabe que siempre implica un riesgo. Pero..., ¿para qué llevar todo eso? ¿Creen que vamos a encontrar un lugar ideal donde aterrizar e instalarme para que siga con mis investigaciones?

—Lo dicho, Jerry. ¡Quieren deshacerse de nosotros y de todo eso!

—Pero..., ¿quién, profesor? ¿Su amigo, el general Peter Masson?

—No sé... ¡Estoy confuso! Peter y yo siempre hemos sido buenos amigos. ¡Me cuesta trabajo creer que la orden procede de él!

—¿Ha comunicado directamente con el general Masson, señor?

—No he podido. Cursó la orden por clave, con todos los requisitos de seguridad, pero me dijeron que no estaba en la nave nodriza. Hay una base espacial que precisaba su visita.

Jerry Kelly guardó silencio, pero su mente no dejó de trabajar. En pocos segundos pensó en muchas cosas. En el arriesgado viaje que tendría que efectuar, en los que le acompañarían, en sus queridos instrumentos que le habían costado muchos años de trabajo, tesón y esfuerzo imaginar.

Para ahora, ahora que ya los habían conseguido al fin... En voz alta, sólo manifestó:

—¡Pobre Marlene! Es tan joven...

—Su presencia en la expedición dicen que está justificada por ser una gran especialista en Cibernética. La orden en clave del general Masson indicaba concretamente que debía ser incluida por si una vez

allí nos veíamos precisados a improvisar. Esa muchacha es muy brillante y...

Sin saber ciertamente por qué, de pronto Jerry Kelly quiso saber:

—¿Y qué dicen los de esa flamante Comisión investigadora? ¡Les habrá sentado como un tiro verse incluidos también en ese viajecito!

—Roger Armstrong se quedó blanco y su labio empezó a temblar con ese tic nervioso que normalmente parece le hace fruncir el morro —dijo, algo divertido, el astrofísico.

—¿Son especialistas en algo, señor Lehman?

—No, pero la orden indicaba que podían cubrir puestos secundarios. A fin de cuentas, todos ellos son hombres debidamente entrenados para la vida en el espacio.

Volvieron a guardar silencio, roto por la voz de Jerry, que quiso confirmar:

—¿Cuándo partimos, profesor?

Walter Lehman tuvo la extraña y molesta sensación de que era él quien sentenciaba a sus amigos al señalar con voz queda:

—Mañana a primera hora, hijo...

CAPÍTULO VI

Arthur Hadmond miró al exterior por la ventanilla de cuarzo transparente, diciendo, con su recio vozarrón:

—¿Quién fue el majadero que cantó a la luminosidad del cielo, a su purísimo «azul», a todas esas zarandajas?

—Debió ser algún poeta —le aclaró, con desgana, Michel Sauet.

—¡Pues yo lo veo negro! ¡Negro como el betún! Mejor aún, chicos. ¡Como boca de lobo!

—Es que es eso, Arthur. ¡Una boca de lobo que nos devorará!

Todas las miradas quedaron centradas en el que había dicho algo que, en el fondo, se lo confesaran o no, todos lo pensaban. Lo venían pensando desde que la plataforma de despegue número 5 había quedado lista, lanzando a la astronave del capitán Marty Quiin al espacio.

El «Saturno XI» fue quedando atrás, hasta convertirse en un punto luminoso y brillante, como si fuera uno más de los diez satélites naturales del incógnito planeta cuya vecindad ellos debían explorar.

Ramy Piccole captó la mirada de sus compañeros de exploración y protestó, tras el pesado silencio tras sus últimas palabras:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así? ¿Acaso dije una tontería?

—Lo hiciste, Ramy.

Tras decir esto, Jerry Kelly abandonó su asiento tras aflojar los cinturones, acercándose a Marlene Power para preguntar:

—¿Quieres ayudarme? Será preciso hacer algunas modificaciones en el medidor de radiaciones. Veo que las cifras siguen aumentando.

Con desgana, la mujer rubia negó:

—No tengo muchas ganas de trabajar, Jerry. Y si lo haces para que esté entretenida y no escuche los malos augurios de Ramy, no te molestes. ¡No creas que me afecta nada de lo que diga!

—¡Pues a mí, sí! —protestó, por su parte, Michel Sauet—. ¡Qué leñe! No es agradable que le estén constantemente recordando a uno que puede morir.

—¡Cretino! —replicó secamente el aludido, poniéndose junto al alto Arthur, a mirar también al exterior.

Los nervios estaban desatados y Michel Sauet se libró velozmente de las correas, siendo detenido por el anciano Walter Lehman, que aconsejó:

—¿Por qué no se esfuerzan todos en conservar la calma? ¿O van a decirme que es la primera vez que realizan un viaje arriesgado?

—Un viaje arriesgado, no, profesor —espetó, malhumorado, Ramy Piccole—. ¡Pero nunca me habían mandado a suicidarme! ¡Y usted sabe que nos desintegraremos al acercamos a esos condenados anillos!

—No estoy seguro, Ramy. ¡Es eso lo que hay que probar!

—¿Ah, sí? ¿Somos conejos de indias acaso? ¿Por qué precisamente con una nave tripulada? Recuerdo que en los primeros sondeos sobre Júpiter...

—¡Ahí está, muchacho! —le atajó, con la esperanza de ser un catalizador para los nervios de todos—. ¿De veras recuerdas aquello?

—No se puede olvidar fácilmente, señor Lehman. Vamos... ¡Me parece a mí!

—Pues también recordarás que cuando se enviaron las primeras naves dirigidas por control remoto, todos pensábamos que no llegarían. ¡Y llegaron!

—Esto es distinto, amigo. ¡Fíjese en el medidor de radiaciones! ¿Cree que esa aguja se ha vuelto loca?

Jerry Kelly insistió, invitando a la mujer:

—Vamos, Marlene. Puede que el mecanismo ande mal. Debemos programarla para que resista mayores influjos. Es cuestión de...

La muchacha rubia le siguió, deslizándose por la escalerilla central hacia la planta inferior. La astronave dirigida por el capitán Marty Quiin no era de grandes dimensiones. Cada cosa estaba en su sitio para aprovechar el espacio al máximo, y aunque podrían permanecer en ella toda la tripulación durante medio año, no podía decirse que sobrase medio metro cúbico.

En la planta baja estaba la sala general, y allí les salió al paso el desagradable Roger

Armstrong, que se acercó anunciando:

—Venga, Jerry. ¡Hay algo que deseo que vea!

—¿Qué pasa, señor Armstrong? ¿También está usted excitado?

—Hay para estarlo, créame.

Le siguieron por los estrechos pasillos metálicos, hasta llegar al almacén. Al ver todos sus instrumentos embalados alineados allí, Jerry Kelly no pudo evitar decir:

—¡Lástima! Con todo lo que nos costó construir eso, ¡no sé de qué nos van a servir ahora!

Roger Armstrong se acercó a uno de los embalajes, poniendo las manos sobre él al anunciar:

—De nada, porque éstos no son sus instrumentos, Jerry.

—¿Cómo dice? —intervino Marlene, tan extrañada como su joven acompañante.

—Lo que oyen. He abierto uno de estos embalajes y lo he comprobado. ¡Alguien nos engañó! ¡Y me gustaría saber por qué!

Febrilmente, las manos de Jerry Kelly empezaron a rasgar la lona impermeabilizada de aquellos bultos. Contenían herramientas, computadoras, contadores y toda clase de instrumentos.

¡Pero no eran los que con tanto afán, trabajo y cariño él había ordenado construir a sus amigos!

Los grandes ojos azules de la mujer rubia buscaron los suyos y su voz indagó:

—¿Qué crees que puede significar esto, Jerry?

—Ante todo, un engaño, Marlene.

—¿Pero de quién?

—Es lo primero que debemos averiguar.

Roger Armstrong seguía dejando al descubierto los embalajes, gritando, casi con un ataque de histeria:

—¡Miren! ¡Fíjense en esto! Son máquinas que no sirven para nada. A muchas les faltan piezas. ¡Han sido puestas en lugar de sus instrumentos!

Luego, más calmado, dejó de ir de uno a otro bulto, añadiendo:

—Vine aquí por curiosidad, y recordando los aparatos que ustedes me habían mostrado en el «Saturno XI», vi que no eran los de usted. ¡Alguien los mandó cargar en la nave del capitán Quiin, en lugar de los otros!

—Lo que quiere decir que los tuyos siguen en el «Saturno XI» —dedujo la mujer.

—Eso es, Marlene. ¿Pero quién pudo hacer una cosa así?

—Mi pregunta es: ¿Y por qué? —volvió a decir Roger Armstrong.

Los tres guardaron silencio mientras reflexionaban. Al fin, la voz marcadamente varonil de Jerry Kelly pensó en voz alta:

—Me temo que...

—¿Qué, Jerry? ¡Habla, por favor!

—Sí, Marlene... Creo que debo hacerlo, aunque parezca algo descabellado y monstruoso. Empiezo a atar detalles y me llevan a esta conclusión: «Alguien» quiere deshacerse de nosotros. ¡De todo el equipo que hemos formado!

Hizo una pausa, antes de seguir:

—¡Nos envían, por orden superior, a explorar los anillos de Saturno porque esperan que no regresemos!

—Pero tus instrumentos...

—¡Ahí está! Nos han hecho creer que la orden también les incluía a ellos y que debían ser cargados en esta astronave... ¡Pero no es así! Lo que indica que siguen en el «Saturno XI»... Porque a ese «alguien» le interesan.

La huesuda mano del alto y delgado Roger Armstrong quedó alzada, al advertir:

—¿Y por qué nos han incluido en la exploración a nosotros? Yo presidía la Comisión investigadora que debía...

—¡Por eso mismo, señor Armstrong! —le atajó Jerry—. Usted y los cuatro hombres que le acompañan también sabían algo de lo que yo me proponía hacer y también..., ¡también desean que sean eliminados!

—¿Quién, Jerry? ¿Está pensando en el general Peter Masson, el comandante en jefe de la nave nodriza?

—El les envió, ¿no?

—Sí, pero el general Masson siempre ha sido un hombre honrado, incapaz de una cosa así. ¿Qué interés puede él tener para que...?

—Si seguimos en esta exploración suicida, no lo podremos averiguar jamás. ¡Voy a hablar con el capitán Quiin!

—¡Espere, Jerry! ¿Va a decirle que no continúe el viaje?

—¡Exactamente, amigo!

—Pero eso... ¡Eso es desobedecer las órdenes! Es tanto como...

—Nos justifica esto. En nuestra expedición ya existe una

anomalía, y no vamos a esperar a que nos den cualquier excusa por radio. Volveremos al «Saturno XI» y allí averiguaremos quién fue el que hizo el cambio con estos embalajes.

—¡Ha debido ser Louis Streisand! ¡Él es el encargado de la carga y descarga del «Saturno XI»! Cuando nos envían suministros y material de la nave nodriza es él quien lo recibe, lo mismo que cuando el profesor Lehman tenía que remitir algo al general Masson o a la Tierra.

—Pues ese Louis Streisand nos tendrá que explicar esto —dijo firmemente Jerry Kelly.

—Será preciso hablar con los otros, Jerry.

—Lo haremos, Marlene. Al fin y al cabo, el profesor Walter Lehman sigue siendo nuestro jefe.

* * *

Uno de los hombres de la tripulación del capitán Marty Quiin se acercó a su jefe y, quedamente, debió musitarle algo al oído.

El capitán Quiin miró a todos los reunidos, pareció tomar aliento y al fin anunció:

—Amigos... ¡Hay algo más que un simple cambio de embalajes! El sargento Evans acaba de comunicarme que, registrando bien el almacén, han encontrado un «bonito» artefacto que nos puede hacer volar de un momento a otro.

Vio la alarma y la sorpresa en todos los rostros, centrando la mirada en la mujer rubia al apaciguar:

—No deben preocuparse. Mis hombres están empezando a desmontar esa pequeña carga atómica. ¡Y espero que lo consigan!

Roger Armstrong empezó a rebullir por allí, como una delgada anguila cuando es sacada del agua. Los comentarios empezaron y la voz del comandante de la nave volvió a pedir:

—¡No se alboroten! Si obramos con calma, creo que podremos

regresar al «Saturno XI».

—¿Ya está decidido, capitán? —quiso saber uno de los cuatro acompañantes de Roger Armstrong.

Fue la voz del anciano astrofísico Walter Lehman la que respondió:

—Ante todo esto, no vamos a seguir con la exploración. ¡Yo cargo con la responsabilidad! Me pondré en comunicación con el general Masson y...

—¿Me permite, profesor?

Walter Lehman clavó sus cansados ojos en el rostro de Jerry Kelly, que siguió ante su consentimiento:

—Es mejor obrar por nuestra cuenta, profesor. ¡Más prudente!

—¿Pero es que... crees que Peter Masson puede...?

—Siempre podemos decir que el intercomunicador se averió. Una vez de regreso al «Saturno XI», Louis Streisand tendrá que decirnos lo del cambio de esos embalajes... ¡y cómo fue a parar entre la carga ese «bonito» regalo que han encontrado allí los hombres del capitán Quiin!

—¡Nos querían volatilizar! —exclamó Ramy Piccole.

Se encaró nada más soltar su exclamación con Michel Sauet, recordándole:

—¿No me llamabas pájaro de mal agüero? ¡Pues mira si yo tenía buen olfato!

—Por favor —pidió el comandante de la nave—. Dejen de discutir. Les ruego que cada uno ocupe su puesto y dejen a mi tripulación solucionar eso.

Fue el alto y hercúleo Arthur Hadmond el que inició la salida, murmurando:

—Si me entero quién es el criminal que nos quería enviar al infierno..., ¡le estrangularé con mis propias manos!

CAPÍTULO VII

Antes de iniciar la primera órbita en tomo al «Saturno XI», desde el satélite artificial del planeta llegó la orden a la astronave del capitán Marty Quiin:

—¡Identifíquense! ¡Aquí «Saturno XI»! ¡Identifíquense!

Tripulando la astronave, el capitán Quiin miró hacia atrás para buscar la mirada del astrofísico Walter Lehman y del joven Jerry Kelly. Al fin conectó el intercomunicador, transmitiendo:

—Aquí «Delta-5». La nave comandada por el capitán Marty Quiin. ¡Regresamos a la base! Permiso para aterrizar.

La voz llegó hasta ellos perfectamente audible y tajante:

—¡Denegado! Ustedes tienen una misión que cumplir. ¡Deberían estar a diez millones de millas de aquí!

Water Lehman se adelantó, y fue él quien replicó:

—¿Gassman? Soy yo, Walter Lehman. Te cedí el mando del «Saturno XI» por orden del general Peter Masson... Bien. Regreso y vuelvo a tomar el mando del «Saturno XI». ¡Y vamos a aterrizar! Necesitamos que la plataforma número cinco sea puesta en condiciones de...

Una serie de interferencias les anunció que la respuesta chocaba con las ondas sonoras de su mensaje. El astrofísico guardó silencio para al fin poder captar:

—¿A qué se debe todo esto, profesor Lehman? Tengo una responsabilidad e insisto en que ustedes...

—¡Es una orden, Gassman! ¡Un caso de suma emergencia!

—Bien, profesor. Daré la orden para que la plataforma número cinco sea dispuesta.

Dos horas después, la astronave del capitán Marty Quiin se deslizaba por la gigantesca rampa que les conduciría al interior de los hangares del «Saturno XI». Todos tuvieron la sensación de que aquello era como regresar a «casa». En aquel gigantesco satélite artificial habían pasado más de un año y allí dispondrían de todas las comodidades que durante aquel corto viaje de exploración habían tenido que prescindir.

Además, todos estaban ansiosos por conocer las causas porque, de una forma deliberada y criminalmente, les habían enviado a la muerte.

Una muerte que más tarde habría podido justificarse, alegando que la expedición a los anillos del planeta Saturno había sido un fracaso.

Marty Quiin realizaba la maniobra con su habitual pericia, cuando de pronto sintió en los mandos que algo andaba mal. Velozmente echó una mirada al tablero de instrumentos y comprobó que la rampa número 5 empezaba a cerrarse prematuramente.

Aquello era absurdo.

Nadie podía ser tan torpe en el «Saturno XI» para iniciar la operación del cierre antes de terminar la maniobra. Instintivamente, Marty Quiin dio al encendido de los motores, adelantándose a él a su vez para no ser atrapados por el cierre de aquella gigantesca rampa de duro acero, como si fueran un insecto.

Se deslizaron por la rampa casi en vertical y el choque fue tremendo. El formidable peso de la astronave destrozó parte de los hangares, mil chispas surgieron de los cortocircuitos y en uno de ellos se declaró el incendio.

La alarma automática empezó a zumbar y en los pasillos del «Saturno XI» todo fue actividad y movimiento.

Y de pronto, la astronave del capitán Marty Quiin se desgajó como si una formidable fuerza la destrozara...

* * *

Lo primero que volvió a ver Jerry Kelly fue unos hermosos ojos azules que le contemplaban. Aún se sentía medio aturdido, pero creyó adivinar en aquellas pupilas de mujer, amor; al menos, le contemplaban con infinita dulzura.

Logró incorporarse y, perplejo, indagó:

—¿Dónde estoy, Marlene?

—En la enfermería. Afortunadamente, sólo has sufrido una conmoción.

—¿Qué pasó?

—Dicen que hubo un accidente. Luego, más quedamente, le anunció:

—Ha costado más de veinte muertos, Jerry. El pobre Arthur, Michel y Ramy, también...

—¿Y el profesor Lehman?

—También está siendo atendido. Hay más de treinta heridos.

—¿Tantos?

—Sí; entre los que regresábamos, el personal de los hangares y la tripulación del capitán Quiin... Muchos dudan que podrán salvarse. Se declaró un incendio y... ¡Fue horrible!

Jerry Kelly quedó sentado, más que nada para comprobar si podía moverse. La chaqueta del pijama dejaba al descubierto su ancho y velludo tórax, y la mujer rubia pidió:

—No debes moverte ahora, Jerry.

—Me encuentro bien. Quiero hablar cuanto antes con el profesor Lehman y con Gassman.

—Yo le he visto; le he contado todo, pero...

—Sigue, Marlene.

—Louis Streisand también ha muerto. Por lo visto, fue el que accionó la palanca para que la rampa número cinco se cerrase antes de terminar la maniobra. Lo que no debió contar fue con la reacción veloz del pobre capitán Quiin. Dio al encendido de los motores y consiguió deslizar la nave al interior. Pero en el encontronazo, él también...

Jerry Kelly guardaba silencio, y Marlene Power siguió informando:

—Por lo visto, uno de los motores explotó. El incendio se extendió a los hangares y ese canalla...

—¿Por qué haría Louis Streisand todo eso?

—Ya nunca lo podremos averiguar. Gassman no sabe por qué cambió los embalajes, haciendo que el personal cargase en la nave del capitán Quiin otros bultos que no contenían tus instrumentos.

—Entonces..., ¿siguen aquí, Marlene?

La mujer rubia pareció dudar antes de informar:

—No, Jerry... Gassman dice que durante nuestra ausencia se acercó otra nave procedente de la nodriza con orden de llevárselos.

—¡Vaya! Eso implica una coordinada confabulación. Nos envían fuera del «Saturno XI», cargan en la nave que tiene que hacer esa exploración otros embalajes, dejan mis instrumentos aquí, y cuando ya nos creen en el infierno..., ¡vienen otros y se los llevan!

—Así fue, Jerry.

—¿Te ha dicho Gassman por orden de quién?

—Por orden del general Peter Masson.

—¡Lo suponía!

—¿Es que vas a levantarte?

—Sí, Marlene. ¡Tengo demasiadas cosas que hacer para seguir aquí! Si sales un momento, yo...

Una enfermera con bata blanca se acercó, también protestando:

—No debe levantarse, señor Kelly. El doctor dijo que usted...

—Me encuentro perfectamente, señorita. ¿Quieren salir las dos de la habitación?

Media hora después, en el puesto de mando del «Saturno XI», Jerry Kelly encontró al anciano astrofísico Walter Lehman, hablando con su ayudante Gassman.

Lehman tenía su brazo derecho en cabestrillo, con una venda en la cabeza que cubría su revuelta cabellera gris. No se levantó al verle entrar, pero manifestó, con media sonrisa:

—Me alegro de verte bien, Jerry. Le he estado explicando todo a Gassman.

Jerry Kelly sentía ciertas molestias en el costado izquierdo, sin duda por haber sufrido su cuerpo el golpe allí cuando la explosión de la astronave. Pero procuró olvidarse de sí mismo y, señalando al intercomunicador, quiso saber:

—¿Se han puesto en contacto con el general Masson?

—No, Jerry... Me acordé de lo que dijiste. ¡Es más prudente obrar por nuestra cuenta!

—Lo celebro, profesor. Empiezo a sospechar que ese general Masson anda mezclado en todo esto.

—Me cuesta trabajo creerlo, hijo. ¡Peter siempre ha sido buen amigo mío!

—Sí..., ¡pero le envió al frente de una expedición que estaba condenada al fracaso! Y no sólo eso, señor Lehman. ¡Alguien puso un criminal artefacto allí para atomizamos!

—Todo eso es inexplicable —habló Gassman.

—Los hechos cantan. ¿Han tomado algunas medidas?

Gassman ya había cedido el mando a su anciano jefe, pero contestó:

—Sí: la policía de seguridad del interior está investigando.

—¿Con resultados?

—Hasta ahora, no; todo el personal del almacén asegura que Louis Streisand les ordenó que cargaran en la nave del capitán Quiin sus instrumentos. Pero por lo visto los embalajes contenían otros.

Jerry Kelly le miró inquisitivo al decir:

—Esto no casa, Gassman... Posteriormente a nosotros alejarnos del «Saturno XI», aquí llegó otro vehículo procedente de la nave nodriza. ¡Y llegaron con una orden para llevarse mis aparatos!

—Cierto, pero..., ¿qué podía hacer yo?

—Al menos, una cosa. ¡Investigar por qué razón alguien les había dado el cambiazo! Con aire visiblemente cansado, el anciano Walter Lehman intervino:

—Pudiste hacer otra, Gassman: avisarnos.

—¡Oigan! ¿Es que van ahora a acusarme a mí de algo? Yo no sabía que...

La voz de Jerry Kelly resultó conminatoria al ordenar, viendo que Gassman empezaba a levantarse:

—¡Siéntese! Y si yo fuese el profesor Lehman, ordenaría detenerle hasta aclarar todo este lío.

—¿Detenerme a mí?

—Sí, «amigo»... Todas esas manipulaciones de la carga y la descarga no han podido hacerse sin su conocimiento. Resulta muy engorroso embalar más de cinco toneladas de material, por no decir que prácticamente imposible disponer de una pequeña bomba atómica como la que encontramos de «regalo» en la nave del capitán Quiin. Al cederle el profesor Lehman el mando a usted, el «Saturno XI» ha estado bajo su control y no va a decirme que Louis Streisand tenía acceso al departamento secreto donde se guardan esos artefactos, ¿verdad, Gassman?

—¿Es esto una acusación formal?

—Tómelo como quiera. Usted siempre ha debido aspirar a ocupar el puesto del profesor Walter Lehman. ¡Y ésta era una

excelente oportunidad!

—La transmisión del mando vino por orden superior. El general Masson lo mismo hizo.

—Ese es otro problema que tendremos que arreglar.

—¿Es que piensan salir nuevamente del «Saturno XI»? Nuevamente con voz cansada, Walter Lehman confirmó:

—Lo haremos, Gassman. No voy a aclarar todo esto por radio con Peter. ¡Necesito hablar con él personalmente! Me temo que de alguna parte ha salido toda esta confabulación y quiero saber hasta dónde llega. ¡Hay muchas vidas perdidas y aún muchas más en juego!

Gassman terminó por levantarse, ya empuñando un arma de rayos «Lasser» que astutamente había estado buscando en uno de los cajones de la mesa. Su rostro parecía transfigurado y les gritó:

—¡Nadie saldrá de aquí!

—¡Gassman! Luego entonces... ¡Jerry tiene razón! ¡Estás metido en esto!

—Sí, viejo loco. ¡Pero nunca sabrán de dónde vienen los tiros! ¿No ha pensado nunca que ya tiene demasiados años para disfrutar de un puesto como el que tenía? ¿A qué aspiraba? ¿A conquistar usted todo el sistema solar? Ya estuvo cuando lo de Marte y lo de Júpiter. ¡Ahora me toca a mí! He trabajado mucho para que mi nombre quede vinculado al de Saturno. ¡Y este programa seré yo quien lo llevará adelante!

—Te ciega la ambición, Gassman... ¡Has asesinado a muchas personas!

—¡No! ¡Eso no! Louis Streisand provocó el accidente de la rampa.

—¡Con tu consentimiento! Ante todo el personal del «Saturno XI» tú quedarías como inocente. Nos permitiste acercarnos... ¡Pero para caer en esa trampa!

—También sabía el «regalito» que llevábamos en la nave del capitán Quiin —objetó Jerry Kelly.

—¡De acuerdo! —terminó por admitir—. Por eso no me pueden

importar un par de muertos más.

—¿Y qué dirá? ¿Que nos tuvo que fulminar con ese «Lasser» aquí mismo?

—Ya buscaré algo «convincente». ¡No se preocupe usted, querido Jerry!

—¡Eres un sucio asesino, Gassman! Durante años te he enseñado todo lo que sabía. Gassman miró ferozmente al anciano, rugiéndole:

—¡Sí! ¡Siempre como un segundón! Yo realizando todo el trabajo, llevándolo todo en la cabeza, fatigándome siempre para que la gloria fuese para usted. ¿No se daba cuenta?

—Admito que quizá te recargué de trabajo, pero eso no es motivo para odiarme tanto, Gassman.

—No le odio, viejo. ¡Simplemente me estorba! Poco a poco fue delegando en mí sus funciones y eso ha hecho que me acostumbre al mando. ¿Por qué no hacerlo yo todo solo, sin su sombra? ¡Usted ya no puede con los calzones, señor Lehman! ¡A todo el mundo se lo he ido diciendo así!

—¿Se debe a eso la orden de Peter Masson? ¿Comunicaste al general que ya no podía seguir al mando aquí?

—¡Exacto, viejo! ¿Se preocupaba acaso usted de las intercomunicaciones? También hablé con la Tierra sobre esas investigaciones acústicas que su buen amigo Jerry le hizo que consintiera realizar aquí. Y eso... ¡Eso precisamente fue lo que me hizo abrir los ojos! Ustedes cometieron un abuso: el Instituto Wilder debía saberlo. Ese centro lleva toda la programación Saturno y...

—¡Siga! —instó Jerry Kelly, vivamente tan interesado que olvidaba la amenaza de muerte que pendía sobre ellos.

Pero Gassman sonrió torcidamente al cacarear:

—¡Ah, no, amigo! Le dije que iría al infierno sin saber nada. ¡No será usted el que haga hablar a «La voz del Universo»! ¡Será otro! ¡Otro mucho más poderoso y con más derecho!

Y la mano asesina que empuñaba el arma mortífera apuntó a su primera víctima. Jerry Kelly no tuvo duda de que en aquel instante iba a morir.

CAPÍTULO VIII

Por eso pensó que de morir, lo mejor era hacerlo luchando.

Flexionó las piernas con fuerza, lanzándose por encima de la mesa sobre su rival, que a su vez también entró en acción. El rayo «Lasser» partió del arma con un chasquido que por un instante iluminó el despacho; El haz de luz fue directamente hacia donde sólo hacía unos segundos había estado Jerry Kelly; pero allí no tropezó con el cuerpo del hombre para atravesarle, calcinándole con su mortífero poder.

Gassman se vio atenazado por el cuello, al tiempo que otra zarpa de hierro presionaba sobre la muñeca de la mano armada. Un segundo chasquido anunció otro chorro de luz mortal, pero aquella vez también el «Lasser» tropezó con el techo, tan metálico como el suelo.

Dejó su huella allí, mientras los dedos de la mano derecha de Jerry Kelly se hundían más y más, con loca desesperación en aquella garganta. Llevado por su frenesí, siempre ansiando inutilizar a un enemigo tan peligroso, no se dio cuenta que Gassman ya no forcejeaba y dejaba caer el arma. Habían rodado sobre el suelo del despacho, en confuso montón de cuerpos, piernas y brazos.

Cuando retiró su mano comprendió lo que había hecho.

Aquel asesino loco y ambicioso ya no vivía. Jerry Kelly le había estrangulado al quebrarle con la formidable presión de sus dedos, al dejar caer todo su peso sobre él, los huesecillos de la garganta.

Walter Lehman se inclinó sobre el hombre que había sido su principal ayudante, musitando:

—Se lo merecía, Jerry... No tienes por qué apesadumbrarte por haberle matado.

—Lo único que siento es que no pueda decirnos más cosas. ¡Pero no podía dejar de apretar! Tenía esa arma en la mano y ya sabe lo que habría podido ocurrir de alcanzarnos a uno de los dos.

El anciano astrofísico miró al suelo, donde el metal se había fundido como si fuese mantequilla al contacto del poderoso rayo de «Lasser». En el techo también había otra señal igual y haciendo signos afirmativos con la vendada cabeza aún musitó:

—¡Cuidado que inventamos cosas los hombres! ¡Y muchas de ellas para el mal!

Rodeó la revuelta mesa, pulsó un botón y al aparecer en la pantalla del visófono el rostro de la enfermera de guardia, Walter Lehman ordenó:

—Diga al doctor Matthaus que venga, señorita. ¡Ah! Y con dos enfermeros y una camilla.

—Sí, profesor Lehman.

La comunicación quedó cortada y el astrofísico pidió al hombre joven que le observaba:

—¿Podrás realizar el viaje conmigo, Jerry?

—Sí, profesor. Sólo sufrí algunos golpes y magulladuras. ¿Cuándo partiremos para la nave nodriza?

—Cuanto antes mejor. ¡Rabio por echarme a la vista a Peter Masson!

* * *

El satélite artificial «Saturno XI» era una caja de cerillas, comparado con las gigantescas dimensiones de la nave nodriza.

Llevaba más de doce años de servicio activo y no había sufrido ni una leve avería. Todos sus complicados mecanismos funcionaban a la perfección: sus constructores podían sentirse satisfechos.

Y orgullosos de haber creado aquella maravilla mecánica, mundo artificial que viajaba de un planeta al otro, como una auténtica nodriza capaz de alimentar a infinidad de «hijuelos» situados en las órbitas más lejanas y caprichosas.

El Instituto Wilder había conseguido merecida fama, tras la financiación y construcción de aquella gigantesca estación espacial movible, capaz de alojar a más de cinco mil seres humanos, que a su vez atendían a cincuenta astronaves encargadas de la distribución de los suministros necesarios por todo el sistema solar.

La nave nodriza era el centro de una tela de araña invisible tendida en el espacio, donde el ir y el venir de las naves que partían o llegaban hasta ella trenzaban los hilos de los viajes interplanetarios, en un constante tejer y destejer de aquellas comunicaciones siderales de los hombres.

Los más modernos cerebros electrónicos programaban, sin un solo fallo, aquellos traslados de las astronaves de un sitio a otro. Ni el más mínimo detalle quedaba al azar, funcionando todo a la décima de segundo, controlado por sus relojes atómicos. En cualquier instante se sabía lo que iba a pasar: en la nave nodriza no podían existir equivocaciones, ni fallos, ni el más mínimo error. Tal cosa supondría que una nave que corría hacia ella no la encontrase en el sitio debido. O al revés: que las que partían de sus plataformas de lanzamiento tuvieran que efectuar recorridos improvisados.

Y allí no existía para nada la improvisación.

Los hombres mismos de su dotación se habían convertido en máquinas.

Máquinas humanas que ya no tenían opinión propia, porque se las imponían las otras máquinas creadas por él. Las computadoras, los cerebros electrónicos, los aparatos creados por la más moderna y complicada cibernética.

La cibernética es, ante todo, una ciencia lógica, en la medida que analiza racionalmente lo que significa gobernar, sin plantearse la cuestión de saber quién gobierna ni cómo se gobierna, ya que la función de gobernar, de regular, puede ser desempeñada por máquinas, siempre que éstas sean capaces de captar informaciones sobre el estado de un sistema y de elaborar, en función de la información recibida, órdenes que rijan la orientación ulterior del sistema. En este plano, permite una vasta clasificación teórica de los sistemas y de las máquinas, como nunca antes el hombre había acometido en su pasado.

La cibernética constituye igualmente el punto de partida de importantes aplicaciones, puesto que de sus conclusiones se deriva la posibilidad de construir todo tipo de máquinas de gobernar y regular, facilitando así las tareas del hombre hasta el infinito.

Sobre la técnica de los sistemas de mando automático, la cibernética se presentaba como una ciencia de encrucijada para sus propios creadores, desarrollando nociones generales en relación a los mecanismos capaces de gobernar y regular todas las funciones necesarias. Este enfoque constituía el punto de partida de un vasto movimiento, que podría llegar a suponer una verdadera revolución intelectual, que comprendería el análisis lógico de las funciones de los seres superiores y de los procesos que permiten reproducirlas artificialmente.

Ante esto, algunos cibernéticos famosos sustentaban la opinión de que los fenómenos sociales, en tanto resultan del intercambio de informaciones, podrían ser estudiados valiéndose de los métodos propios de la cibernética, lo cual permitiría vislumbrar, en el terreno de una audaz perspectiva de anticipación, la imagen de una posible sociedad humana regida por máquinas de pensar y gobernar.

Máquinas que no tuvieran un solo fallo.

El mismo general Peter Masson se veía sometido a esta férrea disciplina impuesta por las máquinas, por lo que no salió de su asombro cuando desde el puesto de control le anunciaron que se acercaba una astronave hacia ellos, cuyo viaje no había sido programado.

Quedó perplejo durante un rato antes de ordenar:

—Que se identifique.

—Ya lo hizo, general Masson.

—¿De dónde viene? ¿Es alguna emergencia?

—Procede del «Saturno XI», señor. Al parecer, su amigo, el profesor Walter Lehman, viene en ella.

—¡Imposible! Walter debe estar ya cerca de los anillos de Saturno. ¡Se le encargó una misión!

—¿Quiere venir usted mismo a la sala de control, señor? —le invitó uno de sus ayudantes.

Con su andar rígido de pasos vivos y elásticos, el macizo general Peter Masson dejó que las cintas deslizantes instaladas en todos los pasillos le trasladaran. Sólo utilizó sus propias energías cuando fue absolutamente necesario y una vez en la sala de control comprobó lo que le decían.

Habló directamente con Walter Lehman, pero ni una sola palabra amistosa brotó de sus labios ante aquella inusitada situación. Peter Masson siempre se atenía a las normas y la lectura de la programación de aquel día no indicaban para nada la inesperada llegada de aquella nave.

Al fin se apartó del intercomunicador para situarse ante una gigantesca pantalla de radar, donde débiles puntitos luminosos indicaban el tránsito espacial en una área de veinte millones de kilómetros. Ante sus manipulaciones las computadoras empezaron a funcionar, arrojando datos, cifras, distancias, horarios y todas las operaciones que la nave nodriza tendría que realizar en los próximos tres días. Las pequeñas cartulinas fueron «barridas» por una mano mecánica que a su vez las sometió a una síntesis de datos.

Peter Masson leyó las cifras y volviéndose a uno de sus ayudantes anunció:

—Dígales que no podrán entrar en la nave nodriza hasta dentro de 77 horas, 55 minutos y 26 segundos. Hasta entonces, todos los mandos están automatizados y ninguna de las rampas de aterrizaje funcionaría para recibirlos.

—Bien, señor.

—Otra cosa: deben alejarse unas seis mil millas para no interrumpir las otras entradas y salidas programadas. Incluso las intercomunicaciones quedarán cortadas con esa nave.

¡No podemos permitirnos el lujo de alterar ni en un solo minuto nuestra programación por ellos!

Luego, como un lujo en él, quedamente musitó antes de volver a su despacho.

—¡Lo siento! Díganselo así al profesor Lehman.

—A la orden, señor.

* * *

Walter Lehman miró con desaliento a sus amigos, exclamando como resumen:

—¡Eso es todo!

Jerry Kelly sintió que los dedos de Marlene Power oprimían su mano, caída a lo largo del cuerpo. Formaban círculo frente al anciano astrofísico, que con su cabeza vendada y aun el brazo en cabestrillo, cada día que pasaba daba muestras de estar más agotado.

Billy Laughton rompió el silencio al advertir a su vez, recordándoselo a sus amigos:

—Disponemos de oxígeno sólo para tres días más, profesor. Si dijo que debemos permanecer en órbita cerca de 80 horas, calculando el tiempo de las maniobras, ya me dirán qué vamos a respirar esas 8 horas restantes.

—Ya he pensado en eso, Billy —dijo el anciano—. Y sólo nos queda una solución.

—Sí, claro, profesor. ¡Arrojarnos alguno por la escotilla! Por mí lo podemos echar a suerte.

Billy Laughton se encontró que la mirada de Jerry Kelly no aceptaba aquella broma. Al instante supo por qué reaccionaba su amigo tan seriamente al oír decir al viejo astrofísico:

—Yo ya no valgo para mucho y podría...

—¡Por favor, profesor Lehman! Aún queda otra solución —le

atajó la muchacha rubia. Todas las miradas quedaron centradas en Marlene Power, que a su vez los observó uno a uno al proponer:

—¡La hibernación! He oído que hace unos años, toda una tripulación se salvó poniendo los mandos automáticos en su nave y sometiéndose voluntariamente a eso. Es un estado físico en el que no se respira y...

—¡No se hable más, Marlene! —decidió por todos Jerry.

—¡Eso si que lo podemos echar a suertes! —insistió nuevamente Billy Laughton—. Al menos, a mí no me gusta nada eso de quedarme metido como un cadáver en una urna de cristal. ¿Qué les parece?

El comandante de la astronave estaba presente y rompió su silencio al anunciarle:

—Hablaré con los hombres de mi tripulación. Creo que podré prescindir de algunos de ellos y de esta forma nos sobrará oxígeno.

Sólo al salir de la cabina protestó, visiblemente contrariado:

—¡No sé cuándo van a instalar en estas naves regeneración de oxígeno constante! ¡Ya es hora que se decidan!

Aquél era uno de los muchos problemas técnicos por resolver, al menos para las astronaves normales.

El hombre había conseguido muchas cosas. Pero aún le quedaban otras tantas por lograr.

Es su constante tarea, que nunca termina.

Quizá porque leyes constantes de la vida lo exigen así.

CAPÍTULO IX

El general Peter Masson escuchó en silencio a Walter Lehman, sin interrumpirle una sola vez.

Sólo al final de su largo relato, el responsable de la nave nodriza negó:

—Aquí no sabemos nada de esa nave que Gassman te dijo fue en mi nombre en busca de esos instrumentos de acústica.

El anciano astrofísico indagó extrañado;

—¿Cómo dices, Peter?

—¡Ya me oíste! Mis órdenes concretas las conoces: fueron que debíais, con Jerry Kelly, Billy Laughton, Ramy Piccole, Michel Sauet, Arthur Hadmond y Marlene Power, a explorar los anillos de Saturno. Incluí que os debían acompañar Roger Armstrong y los que le acompañaban, que componían la Comisión investigadora, en la astronave del capitán Marty Quiin. ¡Eso fue todo!

Saliendo de su silencio, Jerry Kelly osó intervenir:

—Así es que mis valiosos instrumentos... ¡Han sido robados!

—No puedo asegurárselo, joven —replicó el general Masson—. Ni tengo noticias de que ninguna nave fuese al «Saturno XI», después

de salir ustedes.

—Gassman lo aseguró así —recordó Walter Lehman.

—Por lo que nos dijo, ese Gassman también tenía comunicaciones directas con la Tierra —volvió a terciar el ingeniero acústico.

—Todo eso es secundario, Jerry —pidió con paciencia el herido anciano.

Volvía a mirar directamente a su amigo Peter Masson y quiso saber, apremiándole:

—¿Por qué nos enviaste a los anillos, Peter?

—Recibí la orden del Instituto Wilder. Dijeron que en la programación Saturno estaba incluida esa exploración.

—¡Cierto! Pero, ¿por qué precisamente yo, nosotros? Quiero decir Jerry, Marlene, Billy,

Arthur... ¡Todos los que, de una u otra forma, habíamos colaborado con esas investigaciones acústicas!

—Sabes muy bien que jamás pregunto el porqué de las órdenes que recibo. Me limito a cumplirlas.

—Lo sé, Peter. ¡Lo sé! Poco a poco te has convertido en un autómata.

—Para estar al frente de un puesto como el mío, es preciso hacerlo así.

—¿Y no cuentan para ti los sentimientos?

—¡Nada tienes que reprocharme, Walter! Admito que sentí una gran tristeza cuando vi que tú eras uno de los que debían efectuar esa arriesgada exploración, pero... ¿Qué podía hacer yo si vuestra designación llegaba desde el mismo Instituto Wilder?

—Perdón, señor... —objetó nuevamente Jerry—. ¿Quiere decir que fue en la Tierra, en el mismo Instituto Wilder, donde nos eligieron a todos nosotros para esa misión?

Encarándose con él con cierto disgusto, el general Masson confirmó:

—¡Naturalmente, joven! ¡No crean que fue cosa mía!

Jerry Kelly pareció olvidarse de él para mirar a sus amigos al exclamar:

—¡Debimos suponerlo! Es en el Instituto Wilder donde debe haber alguien interesado en que yo no consiga terminar mis experimentos. Es allí donde no quieren oír «La voz del Universo».

—¿La voz del Universo? —repitió casi como un eco el general Masson.

—Le hemos dado ese nombre —le informó Jerry—. El más adecuado, porque algún día será una realidad. ¡Aunque desean interrumpir mi labor!

—Es absurdo pensar que en el Instituto Wilder desean entorpecer su labor, cuando todo el mundo sabe que patrocina las investigaciones más audaces. El mismo señor Wilder es un enamorado de la ciencia.

—Lo sé, general Masson —aceptó Jerry—. Pero allí hay mucha gente y muchos altos cargos. ¡Y el corazón me dice que los golpes bajos vienen de allí!

—¡Lo averiguaremos! —prometió con calor el viejo astrofísico—. En cuanto Peter nos proporcione una de sus naves, regresaremos a la Tierra.

El general Peter Masson pareció volver a ponerse su máscara de hombre rígido y hermético, al replicar tajante al viejo amigo:

—No esperes que haga eso, Walter. ¡Aquí todo está programado!

—Lo sé... ¡Pero eres tú el que realiza esa programación!

—¿Esperas que altere todo el sistema?

—Lo que espero es que no queden impunes los crímenes, amigo mío. Han muerto más de veinte hombres y más de treinta siguen heridos en el «Saturno XI». Muchos de ellos no podrán salvarse: sufren heridas y quemaduras graves.

Jerry Kelly volvió a terciar, en apoyo del anciano profesor:

—Además de eso, general Masson, es preciso desenmascarar a quien mueve los hilos de esta confabulación. No hay duda que debe

ser muy poderoso para, a más de mil millones de kilómetros de la Tierra, poder mover los hilos valiéndose de hombres ambiciosos como Gassman, Louis Streisand y otros que pueden estar esperando dar sus golpes bajos.

—Sí, joven. ¡Eso es cierto! El espacio debe estar libre del crimen y bajos intereses. Sólo así, con un laborar constante lleno de rectitud, podremos conquistarle del todo algún día.

Hizo una pausa, miró al viejo amigo y sus facciones volvieron a quedar menos rígidas al continuar:

—Pero tendrán que esperar a que haga mis cálculos. ¡No puedo ni debo alterar el movimiento de entradas y salidas así como así! De hacerlo, aquí no habría quien se entendiera. ¡Comprendan que tengo mucha responsabilidad sobre mis hombros! Las tripulaciones de todas esas astronaves que en su incesante ir y venir cuentan con...

—No te esfuerces más, Peter —le rogó su amigo—. Te comprendemos y sabremos esperar.

* * *

Observando el trajín desde una de las pasarelas que daban a un largo pasillo, Marlene Power exclamó:

—¡Parecen hormigas!

Jerry Kelly también miró a los hombres y mujeres que se dejaban llevar por las cintas transportes situadas en los laterales del pasillo, confirmando:

—Sí, Marlene: tienen una jornada de trabajo de cuatro horas diarias, según los turnos.

¡Pero trabajan de firme!

—¿Te gustaría estar destinado aquí, Jerry?

—¡Psch! He visto algunas caras bonitas, pero...

—¡Oh! —protestó ella, fingiendo enfado—. A parte de eso,

hombre.

—Pues no; el general Masson es un hombre muy rígido. ¡Demasiado para mi temperamento!

—Todos hablan muy bien de él.

—Supongo que debe ser un buen jefe. A decir verdad, creo que ya echo de menos la Tierra. ¡En todo el sistema solar no hay nada como nuestro viejo pero querido planeta!

—Yo también pienso así, Jerry. El espacio se me antoja frío, sin paisaje y, en cierta forma, monótono.

—Somos criaturas terrestres, Marlene. Por fuerza tenemos que echar de menos nuestro ambiente natural.

—¡Es cierto! Siempre me ha horrorizado la idea de tener un hijo fuera de la Tierra. No sé, pero... Los que nacen así, se me antoja que son muy distintos a nosotros.

Jerry Kelly quedó acodado sobre la barandilla, musitando sin mirar a la mujer:

—¿Es que ha existido la posibilidad de casarte, mientras estabas destinada en el «Saturno XI»?

—Aunque no lo creas, sí. ¡Me han cortejado muchos hombres!

—Es natural. Allí tú eras la más bonita.

—¿Debo tomarlo como un cumplido, o realmente lo piensas así? —dijo la mujer, aún con más coquetería.

Jerry Kelly se defendió replicando:

—He dicho allí, no aquí.

Divertido la vio hacer un mohín de disgusto, remachando desde la altura de la barandilla que daba a aquel pasillo:

—¡Fíjate en aquella morenita! ¡Es muy mona!

—Hijo, con esos uniformes minifaldas que lucen, cualquier mujer es atractiva. No sé cómo el general Masson las permite que...

—¿Te disgusta?

—¡Oh, no! ¡Recrea la vista todo lo que quieras, bribón! Por mí...

La mujer rubia quiso cambiar de conversación, indagando como distraída:

—¿Cuándo crees que el general Masson nos permitirá partir?

—Depende de su dichosita programación. No hace nada sin consultar antes a sus computadoras.

Jerry Kelly seguía acodado sobre la barandilla, pero giró la cabeza al sentir la mano femenina apoyada en su hombro. Los grandes ojos azules de Marlene Power parecían tristes al indagar, con nuevo cambio de tono:

—¿No temes que al llegar a la Tierra te pase algo, Jerry?

—Más riesgo corríamos en el «Saturno XI», en aquella nave del pobre capitán Quiin, y es posible que aquí mismo.

—Pero pienso que si alguien está muy interesado en que no sigas con tus investigaciones, allí...

—Tranquilízate, Marlene, es preciso aclarar de una vez todo esto. Y en la Tierra lo podremos hacer. Las autoridades tendrán que escuchar el informe del profesor Lehman.

—Pero a él... a él le...

—Me ha dicho que a su edad no le importa perder su puesto. ¡Ya está muy cansado! Y en cuanto al material que me permitió utilizar... ¡No creo que le procesen por eso!

—Por cierto... ¿Dónde crees que estarán todos los aparatos que logramos construir?

¿Quién se los habrá llevado?

—Muertos Louis Streisand y Gassman, será muy difícil averiguarlo. Pero quizá también lo conseguiremos. ¡O construiremos otros!

Marlene Power terminó por sonreír, manifestándole:

—Eres un excelente amigo, Jerry. Siempre te muestras animoso. ¡Me gustan los hombres que jamás se rinden!

El tomó las manos femeninas entre las suyas, buscando sus hermosos ojos azules al contestar:

—Y a mí me encantan las lindas rubitas como tú,

Marlene. ¿No te he dicho nunca que eres peligrosamente atractiva?

—¿Yo...? —protestó, aunque divertida.

—Sí, tú... ¡Enloquecedoramente sugestiva!

—No hagas chistes. Sé de buena tinta que sigues enamorado de una mujer. Le tocó el turno de sorprenderse a él, casi negando:

—¿Yooo...?

—Sí, tú... —remedó ella, con el mismo tono de voz que antes había empleado Jerry

Kelly—. Y se llama Fanny Wilder.

Jerry Kelly volvió a gritar para quedar nuevamente contemplando el ir y venir de los hombres y mujeres destinados en la nave nodriza. Guardó silencio antes de preguntar, con leve transición en la voz:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Un día hablé con el profesor Lehman de ti. Sé que solicitaste un puesto en el «Saturno XI» porque te disgustaste con esa mujer.

—No es cierto, Marlene. Lo hice porque quería seguir mis investigaciones acústicas y me pareció una excelente plataforma. Por otra parte... ¡Ya estaba harto de presentar mis proyectos a muchos sitios, sin ningún resultado! En todas partes me decían que estaba loco... ¡Tan loco como mi padre!

Marlene Power también se acodó sobre la barandilla, perdiendo la mirada en el fondo del pasillo que quedaba a sus pies al animar:

—Yo no creo que estás loco, Jerry... ¡Al contrario!

—Gracias, Marlene. ¡Eres una buena amiga! Y los dos guardaron silencio.

CAPÍTULO X

Ya en la plataforma de despegue, reteniendo la mano del general Peter Masson entre la suya, Walter Lehman insistió:

—¿Es imprescindible, Peter?

—Lo es. ¡Absolutamente imprescindible, Walter! Y tú deberías saberlo.

—Sí... Pero nos gustaría llegar a la Tierra, sin que constaran nuestros nombres en la lista de pasajeros.

—No vais como pasajeros. Os he incluido en la tripulación de esta nave.

—Es lo mismo. Me temo que, antes de llegar, «alguien» sabrá por qué regresamos y eso nos puede ocasionar alguna «sorpresa»... ¡Y desagradable!

—Deja de pensar en una confabulación, Walter. El Instituto Wilder sólo se preocupó por una cosa: por todo el material que estabas permitiendo que ese joven utilizase para montar su costoso laboratorio. Fue cuando pusieron el veto. ¡Nada más!

—No lo puedo remediar, Peter. Yo opino como Jerry. Una cosa

está relacionada con otra.

—Pero lo que me pides no es posible. ¡No se puede entrar o salir de la Tierra sin identificar! ¿Adónde iríamos a parar? ¿Qué control se podría tener así? Y yo soy responsable de todo el personal que llega o parte de aquí. Retransmitiré vuestra salida y no creo que os ocurra nada malo al llegar. ¡Ya lo verás!

—¡Dios te oiga, Peter! Te deseo mucha suerte en tu puesto.

—Sabes que no creo en la suerte, porque me conoces muy bien. En esta vida no hay premios ni castigos, que no sean una consecuencia de los resultados. Lo que lógicamente yo llamo las consecuencias.

—De todas formas, admite un consejo de quien es más viejo que tú y te quiere bien, Peter. ¡No te dejes regir tú también por la cibernética! ¡No seas nunca una máquina!

Peter Masson sonrió amistosamente a su vez, recomendando:

—Y tú deja de ser un puro sentimental. ¡Ahora tienes sobre ti esos cargos! Si esos costosos instrumentos no aparecen por ninguna parte, me temo que su coste tendrás que pagarlo de alguna manera.

—No tengo fortuna personal. Nunca me preocupé de una cosa tan baladí. Si se emperran lo pagaré con días de cárcel.

—¡No digas sandeces! ¿Al sabio astrofísico Walter Lehman, quién se iba a atrever a procesarle? Sufrirás, eso sí, una seria reprimenda. ¡Pero nada más! Tú eres de los que has conquistado para todos inmensos horizontes y grandes posibilidades. Ya tienes que subir, Walter. La programación está fijada para...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Y las frías computadoras no conceden ni un segundo de regalo. ¡Hasta siempre, buen amigo!

—¡Suerte, Walter!

* * *

En cierto modo era agradable sentir la sensación de que se regresaba al planeta donde se había nacido.

La vieja y gastada Tierra, diminuta en comparación con otros planetas del sistema solar, no podía competir ni aun en cuanto a hermosura. Vista desde el espacio resultaba azul: extrañamente azul, sin explicación posible para los profanos.

Pero entrañablemente amistosa y acogedora.

Allí vivían y se afanaban miles de millones de seres, soñando con llegar algún día hasta a las lejanas estrellas. Pero aquél era un sueño colectivo, más que individual. Un sueño para demostrar su poder, su ingenio y la capacidad de su tecnología y su ciencia como raza de seres superiores, ya que la mayoría de ellos se aferraban al gastado planeta deseando terminar sus días allí.

¿Por qué?

La razón era sencilla: habían nacido en la Tierra, aquel planeta era su primer habitáculo y sentían su atracción.

En plena ruta, el comandante de la astronave se presentó durante una de las comidas ante ellos y les informó, directamente mirando al anciano Walter Lehman:

—He recibido un mensaje. Ya no vamos en busca de un cargamento de uranio a Alaska. Tendré que aterrizar en el Sahara, en el Centro de Investigación Mundial.

Antes de dar tiempo a que el astrofísico dijese algo, vehemente, Jerry Kelly quiso saber:

—¿Sabe a qué se debe este cambio, comandante?

—Ya que lo pregunta, les diré que está relacionado con ustedes cuatro.

Se refería a Walter Lehman, Jerry Kelly, Billy Laughton y la mujer rubia llamada Marlene Power.

—Déjeme adivinar, comandante —pidió Jerry—. ¿La orden vino quizá del Instituto Wilder?

—¡Acertó! Parece ser que debo llevarles allí. Con aire resignado, Walter Lehman suspiró:

—¡Adiós truchas! Ya no podré pescar en Canadá.

—Tendremos que cazar langostas en el desierto —opinó por su

parte Billy Laughton.

—¿Hace tiempo que faltan ustedes de la Tierra? —quiso saber el comandante de la nave.

—Bastante. ¡Al menos yo! —dijo el anciano.

—Pues van a encontrar muchos cambios. Hoy en día ya está terminado el puente que enlaza San Francisco con Tokio y otro que va desde Chile a Australia. Un canal de unos cien kilómetros de ancho cruza África de Norte a Sur, partiendo casi en dos el continente. El gran desierto ha dejado de serlo, convirtiéndose en un auténtico vergel. Por eso fue instalado allí el Centro de Investigación Mundial. Tiene una extensión más grande que Francia: unos 600.000 kilómetros cuadrados, con edificios de unos setecientos pisos. Allí hay destinados unos dos millones de científicos de todas las ramas del saber humano, aunque...

—¿Vuelvo a adivinar? —quiso jugar Jerry Kelly.

—Se lo diré yo, amigo. ¡Están como presos!

—¡Lo suponía, comandante!

—Era fácil —le quitó importancia el astronauta—. Ustedes han debido hacer algo muy «gordo». Ya otra vez tuve que llevar a unos sabios atómicos allí. Por eso conozco aquello, aunque claro está —aseguró—. No el interior de las murallas.

—¿Ah, pero ese centro está rodeado por murallas?

—Así es, amigo —replicó el comandante, ante la burlona pregunta de Billy Laughton—. Allí viven todos, como en una nación aparte. De alguna forma tienen que pagar sus delitos... ¡Y menos mal que no les han enviado a los canales de Marte! ¡Aquello sí que es el infierno!

—¿También lo conoce?

—Sí... Yo nací allí.

—Debí suponerlo —volvió a terciar Jerry.

—¿Por qué?

—Tiene usted la piel un poco verdosa, amigo. ¡Es característico!

El comandante de la astronave se dirigió a la puerta de la cabina, decidió dejarles seguir comiendo y, ya en la puerta, mirando a Jerry Kelly, musitó con cierto reproche en la voz:

—¡Muy gracioso! Es usted muy observador.

Al quedar solos, el índice derecho de Marlene Power se agitó ante el rostro de Jerry, como recordándole:

—Te lo dije, Jerry. ¡Nada bueno nos espera en la Tierra!

—¿Y en el «Saturno XI» qué nos esperaba? Hemos hecho lo correcto, Marlene. Al menos, si al llegar nos internan en ese Centro Mundial de Investigación, viviremos. Mientras que...

—Jerry tiene razón, muchacho —intervino Walter Lehman—. Además de que supongo que alguien nos escuchará. Nosotros podemos haber cometido un delito al utilizar maquinaria y material indebidamente. ¡Pero hemos sido testigos de varios crímenes!

Billy Laughton miró al anciano que había sido su jefe en el satélite en torno al planeta Saturno y quiso comprobar:

—Supongo que usted tendrá amigos poderosos e influyentes, ¿verdad, profesor?

—¡Los tengo, Billy! ¡Y me escucharán!

—Bueno: no creo que nos corten la cabeza —terminó por razonar el ingeniero electrodinámico.

—No lo harán, Billy —le tranquilizó Jerry—. Aunque siento haberles metido en todo esto.

—¡Tonterías! —protestó el anciano—. Tu invento un día será una realidad y esto que nos pasa no es nada más que el tributo que tenemos que pagar por conseguirlo. Todo avance científico ha costado lo suyo en esfuerzo y hasta sacrificio.

Luego quiso dejaran de preocuparse y jovialmente pidió:

—¿Quién está dispuesto a medir sus fuerzas conmigo al ajedrez? Marlene Power captó la noble intención del anciano y aceptó:

—¡Yo, profesor Lehman! ¡Y hoy le daré jaque mate! Más lúgubre, Billy Laughton rezongó, tendiéndose sobre el sofá empotrado en la pared de la cabina:

—¡A nosotros sí que nos van a dar jaque mate! ¡Mira que enviarnos al desierto! ¡Puaf!

CAPÍTULO XI

El vehículo volaba materialmente por la amplia autopista.

No tenía ruedas. Se deslizaba sobre una capa de aire a unos diez centímetros del suelo, constituida su plataforma por un colchón neumático de plástico ionizado, que permitía el escape de los gases de propulsión, sin el menor ruido en su veloz deslizamiento.

En el astródromo donde habían aterrizado ya les esperaba una escolta de veinte soldados, provistos de unos uniformes blancos como la nieve y bien armados con carabinas-lasser. El que parecía el jefe se había adelantado y nada más descender por la trampilla había recitado sus nombres, indicándoles seguidamente que hicieran el favor de subir a aquel vehículo.

Fue preciso obedecer, aunque el profesor Walter Lehman pidió:

—Deseo llamar a Washington, teniente.

—Lo hará en el Centro de Investigación Mundial, profesor. Allí los espera nada menos que el señor Charles Wilder.

Todos quedaron asombrados, cambiando mudas miradas entre ellos. Jerry Kelly recordó la cordialidad, la simpatía y la amistad que le había unido al hombre que estuvo cerca de ser su suegro, tranquilizando a sus amigos:

—Hablaré con el señor Wilder. Fue un gran amigo de mi padre y a mí también llegó a apreciarme mucho.

—Es posible que te esté esperando... con su hija —comentó Marlene Power.

Durante el trayecto no hablaron mucho, absortos en el panorama que se extendía ante su vista. No podían creer que aquello fuera la misma región que durante siglos y siglos había sido el inmenso desierto de Sahara.

Sin embargo, era cierto que el milagro de la ciencia y la técnica habían conseguido que diez millones de kilómetros cuadrados se convirtieran en un auténtico vergel, en donde el color que predominaba no era el amarillo de las calcinadas dunas de arena, sino el verde de una exuberante vegetación primaveral.

Al fin pudieron distinguir las primeras edificaciones metálicas, de acero y vidrio y con audaces formas arquitectónicas, del Centro de Investigación Mundial, alzando sus cúpulas hacia el cielo sobre alturas que rebasaban el kilómetro.

—¡Es fantástico! —exclamó Billy Laughton.

—No deja de ser una gigantesca cárcel —dijo la mujer. Al oír sus comentarios, el jefe de la escolta opinó:

—Se equivoca usted, señorita. Muchos de los que viven ahí son más felices que los que están libres del todo.

Esas murallas circundan seiscientos mil kilómetros cuadrados. ¡Es toda una nación!

—Sí, una nación. ¡Pero de esclavos! —volvió a opinar Marlene Power.

—Ahí tienen de todo, señorita. Lo único que no pueden hacer es salir.

—¿Y por orden de quién nos lleva detenidos ahí, teniente? —quiso saber Jerry Kelly.

—A mí la orden me la dio mi superior. El capitán Kraskessy. ¡No sé más!

Sabían lo que les esperaba y no les extrañó ver parar al veloz

vehículo ante el control de una de las puertas de entrada. También lucían uniformes muy blancos aquellos hombres, lo mismo que los de su escolta.

El trámite fue sencillo, aunque los veinte hombres de la escolta quedaron fuera y de los cinco detenidos se hicieron cargo otros tantos soldados que les condujeron hacia un majestuoso edificio, que parecía un hotel de primera.

—Pediré la *suite* nupcial —bromeó Billy Laughton.

Pero donde les llevaron fue a una habitación donde al poco, tras quedar fuera los nuevos soldados, de varios orificios empezó a salir un humo denso color verdoso. El anciano Walter Lehman se sentó resignado en el suelo, como si estuviera dispuesto a dejarse morir allí. Billy Laughton empezó a correr de una pared a otra, golpeando inútilmente la puerta herméticamente cerrada.

Jerry Kelly buscó entre aquel denso humo los ojos de Marlene Power y los dos, instintivamente, se abrazaron estrechamente.

Al menos morirían con la grata sensación de confesarse su amor.

* * *

Charles Wilder era un hombre alto, extremadamente elegante y pulcro, que aunque ya había cumplido los sesenta años conservaba todo su vigor.

Jerry Kelly le reconoció nada más verle sentado tras la monumental mesa de despacho, pese al tiempo que hacía que no veía al rico y poderoso director del famoso Instituto Wilder.

La mano del hombre, que era padre de Fanny Wilder, hizo un gesto al invitar:

—Siéntate, Jerry. ¡Y seas bien venido!

Antes de obedecer, sordamente resentido sobre todo por la última angustiosa sensación que había sentido, el hombre joven saludó:

—Gracias, señor Wilder. ¿Pero ya está enterado del «agradable» recibimiento que nos han hecho?

—Por supuesto, muchacho. El Centro de Investigación Mundial no es nada más que...

¿Cómo te lo diría yo?... Sí: un vivero del que se nutre nuestro Instituto. Cuando algún nuevo invento, alguna nueva investigación o experimento tiene buen resultado aquí, inmediatamente nosotros nos hacemos cargo y terminamos dándole definitiva forma. ¡Ya sabes que el Instituto Wilder, que fundó mi abuelo, no deja de anotarse buenos triunfos!

—¡Hemos sido tratados como criminales, señor Wilder!

—En cierta forma lo sois, querido Jerry.

—¿Cómo dice?

—Siéntate y te lo explicaré.

—Deseo oírle, señor.

—Verás, Jerry... Tú siempre has sido tan tozudo como tu padre. El perdió la vida en esas investigaciones que realizaba, y era un buen amigo. ¡Quizá mi mejor amigo!

—¿Por eso me negó usted siempre su ayuda?

—En parte sí: no quería que te pasara lo mismo que a él. Pero tú desapareciste con tus locas ideas y tu afán de seguir lo que tu padre empezó. ¡Y te fuiste muy lejos, muchacho! ¡Nada menos que al «Saturno XI», a mil quinientos millones de kilómetros de aquí!

—Acepté el puesto, por considerar que allí podría seguir investigando.

—Y por lo que me han dicho, ¡también lo conseguiste!

—Así fue, señor Wilder. El profesor Lehman es una excelente persona y me ayudó mucho.

—¡Sí! ¡Ya lo sé! Con los fondos y el material programado para el proyecto Saturno. ¿No es así?

—Leve delito, señor: sobre todo, cuando he estado a punto de conseguir lo que tanto puede beneficiar a la Humanidad.

El elegante Charles Wilder ladeó divertido la cabeza al indagar:

—¿Sigues creyendo que eso puede ser un gran beneficio, Jerry?

—¿Por qué no? Lo he discutido muchas veces. Y creo que si podemos hacer que «La voz del Universo» nos hable, todo resultará más...

Se interrumpió al ver el gesto de una de aquellas manos pulcras y bien cuidadas, escuchando a su dueño decir:

—Sí, Jerry. Ya se ha discutido eso muchas veces, por eso no lo vamos hacer una más. Es mejor que te diga, para tu gobierno, que al enterarme por la Junta Rectora del Instituto de todo lo que sucedía, si bien no he podido conseguir que a ti te libren de toda responsabilidad, sí he logrado que recibas un trato especial.

—¿Y mis amigos?

Charles Wilder pareció vacilar antes de opinar:

—Bueno... Aquí estarán muy bien. ¿No sabes que esto es como una gran nación? ¡Ya tiene más de dos millones de habitantes!

—Querrá decir dos millones de presos, señor Wilder.

—¿Por qué llamarlos así, cuando pueden andar libremente dentro de este inmenso recinto? El Centro de Investigación Mundial es más grande que España. Aquí todo es moderno, limpio, hecho de vidrio y acero, Jerry. Edificios de plástico transparente resiste al fuego, formando altas montañas de enormes bloques. Plataformas que giran haciendo que las casas y las ventanas sigan la ruta del sol. Calles movibles con cintas sin fin, sobre las que se puede ir de un lugar a otro sin cansarse. Ascensores silenciosos que os subirán hasta más de mil metros de altura, o que descenderán a las entrañas de la tierra, vomitando a miles de obreros a los más secretos laboratorios. ¿No sabes que aquí estamos ensayando formas de vida nueva?

—¿Quizá la forma de que el hombre viva esclavo, aceptando al mismo tiempo gustosamente esa condición, señor Wilder?

El poderoso financiero e industrial sonrió, atusando su cuidado bigotillo al celebrar:

—¡Sigues lo mismo, Jerry! ¡No has cambiado!

—Ahora que lo pienso mejor, señor Wilder, yo tengo la sensación de que usted sí ha cambiado.

Hizo una intencionada pausa antes de añadir al pronto:

—O quizá fue siempre así y yo no me daba cuenta.

—Jerry, muchacho. Nada adelantaremos con comentarios hirientes.

—Dejémoslo entonces y vayamos al grano, señor Wilder. ¿Por qué le molesta tanto que yo consiga lo que me propongo?

—¿A mí molestarme? ¡No, hijo, no! ¡Al contrario!

—Pues permita que le diga que tenga una vaga y molesta sensación, de que ha sido usted... ¡Usted el que lo ha impedido!

Charles Wilder se levantó de un salto, protestando:

—¿Me estás acusando de algo, muchacho?

—No puedo hacerlo de una forma concreta. Me faltan datos, pero...

—Tendrás que rectificar, Jerry. Yo me he enterado de todo, porque es natural que así sea. ¡Soy el director gerente del Instituto Wilder al fin y al cabo!

—Precisamente por eso me extraña no tener más apoyo de usted.

—Tienes mi apoyo, muchacho. Pero yo no he escrito las leyes ni los estatutos. Lo robado por vosotros vale muchos millones... ¡Y por eso os han traído aquí!

—¿Sin juicio, señor? ¿Sin sentencia? ¿Tanto han cambiado las leyes y el sentido de la justicia, desde que faltamos de la Tierra? ¿O es que ya toda ella se ha convertido en un gigantesco Centro de Investigación Mundial, en el que sólo mandan los poderosos como usted, los pocos privilegiados que pueden vivir a su antojo, marchando adonde les plazca?

—Lo dicho, Jerry. ¡Estás contra mí!

—¿Cómo no estarlo, cuando nos han traído escoltados aquí, nos han vigilado, nos han metido en un cuarto rociándonos con humo, con la angustia de pensar que nos gaseaban allí?

—¡Pero hombre! Son medidas corrientes. La desinfección debe

efectuarse en todas partes.

—¡Se avisa, señor Wilder!

—¡Vamos, vamos, muchacho! No tiene importancia.

—¡La tiene! Sobre todo, cuando no se desea tratar a los seres humanos como si fueran máquinas. Sí: ya he visto que como usted dice aquí todo es pulcro, todo limpio, todo ultramoderno. Y por supuesto, todo racionalizado, sometido a la omnipotencia de los que rigen esta gigantesca prisión, que incluso delegarán sus funciones a los cerebros electrónicos, que serán las que realmente darán las órdenes...

Jerry Kelly se había excitado y siguió:

—Sí, señor Wilder: he podido ver que cada cosa está en su sitio y todo en orden. Cada minuto controlado. Cada acción, previamente programada. Apuesto a que aquí tampoco nada se improvisa sobre la marcha y los seres humanos que viven aquí, lo mismo que las máquinas, nunca tomarán una decisión que antes no haya sido aprobada por la computadora... Cifras, números, guarismos y al final el resultado. ¡Sin protestar! ¡Sin modificar nada por cuenta propia! ¡Anulada por completo la personalidad de seres superiores, seres pasantes! ¿No es así?

Charles Wilder había terminado por cruzar sus cuidadas manos, observándole entre sonriente y divertido, brillándole los ojos inteligentes y extremadamente astutos.

—¡Pues nada de todo eso me gusta a mí! —terminó por gritar el hombre joven que tenía ante él—. Y si es verdad que en algo me aprecia, que mi padre fue su mejor amigo...

—No sigas, Jerry... Mi poder no alcanza a tanto. ¡No puedo sacaros de aquí!

—Al menos nos fijarán una fecha tope. No pueden tenernos toda la vida aquí. ¡No hemos cometido ningún crimen!

Suavemente, hojeando con desgana unos papeles que tenía ante él, Charles Wilder musitó quedo, como si hablase para sí, pero lo bastante alto para ser oído.

—Así, por encima... Me he enterado que en todo vuestro desgraciado asunto hubo bastantes muertos, ¿no, Jerry?

Jerry Kelly se levantó de un salto:

—¡Por favor, señor Wilder! No confunda las cosas. Esas muertes ocurrieron precisamente cuando intentaron eliminarnos, en vista de que el alto explosivo que fue colocado en nuestra astronave, fue descubierto y desmontado.

—¡Está bien, Jerry! Está bien... Ya te he dicho que he leído el informe someramente. Si tú lo dices, muchacho. ..

—Hay más, señor. ¿No van a investigar sobre ese Gassman, sobre ese Louis Streisand y por qué obraron así? ¡Fuimos enviados a una misión suicida!

—¡Hombre...! ¡Tanto como eso, Jerry! No sé... Por fortuna te veo aquí, sano y fuerte, y con tus mismas energías de siempre. ¿Por qué esa excitación?

—Se lo he dicho, señor. ¡Me sublevan las injusticias!

—No lo es del todo el enviaros aquí. Piensa y acepta noblemente algo de responsabilidad. Y sobre todo, confía en que, por lo que significaste para mi hija y por lo que fue tu padre para mí, pronto arreglaré todo este embrollo. ¡Incluyendo a tus amigos, ea! —exclamó al final, como concediendo.

Jerry Kelly se había ido tranquilizando, interesándose al oír que citaba a la mujer que en tiempos él tanto había amado:

—¿Cómo está Fanny...?

—Bien... ¡Bien! Ya sabes que nunca la faltó nada. Viaja, hace cruceros, tiene muchas amistades... ¡Y se pasa la vida en los modistos más caros del mundo!

—Eso es buena señal, señor Wilder. Son ganas de vivir.

—¡Por supuesto! Ya hace tiempo que superó la crisis, cuando rompió contigo...

—Me alegro.

Charles Wilder se levantó frotándose las manos, dando por terminada la entrevista al concluir:

—Bien, Jerry: quedamos en que cuando pasen unas semanas miraré de arreglarlo todo. De momento os instalarán bien y vuestra

estancia aquí no será tan desagradable, siempre y cuando os atengáis a las reglas. ¡Ya verás que no son nada rigurosas!

—Le agradeceré todo lo que haga por mí y mis amigos, señor Wilder.

—No tiene importancia, hombre. Aunque, eso sí, muchacho. ¡Tendréis que trabajar, dedicaros a algo! Todos sois científicos y vuestros cerebros valen mucho. ¿En qué querrías emplear el tiempo?

—Ya lo sabe usted, señor. ¡En la acústica!

Charles Wilder pareció fruncir el ceño, pero al instante aceptó:

—¡Investigarás en lo que te gusta, Jerry! ¡Y a ver si es verdad que un día nos haces oír a todos «La voz del Universo»!

—Lo conseguiré, señor Wilder. Sólo necesito los medios necesarios, tal como ya había conseguido en «Saturno XI».

—Yo haré que te proporcionen esos medios, muchacho. Este Centro de Investigación Mundial está creado para eso. ¡Ninguna idea debe desaprovecharse! ¡Ningún cerebro debe dejar desaprovechar su fruto! ¡Ya lo verás!

Salieron juntos y al separarse el poderoso y elegante Charles Wilder aún prometió:

—¡El Instituto Wilder será el primero en lanzar tu invento!

CAPÍTULO XII

Charles Wilder dio muestras de cumplir su palabra.

Jerry Kelly quedó asignado a un taller en donde, fuera de las horas controladas para otras tareas, él y sus amigos podían investigar sobre lo que había quedado interrumpido en el «Saturno XI», a tantos cientos de miles de kilómetros de allí, en pleno corazón de lo que había sido el árido desierto del Sahara.

Sólo que, por una u otra causa, no le llegaba el material que precisaba.

Así fueron pasando los meses, teniendo que aclimatarse forzosamente a la disciplina del Centro de Investigación Mundial, donde otros científicos también arrestados avanzaban mucho más que él en sus investigaciones.

El poderoso Charles Wilder llegaba con frecuencia por allí, pero no siempre se dignaba recibir al hombre que hacía tiempo había sido el prometido de su hija. Sólo lo hizo un par de veces y la última le había dicho con cierta desgana:

—Perdona, Jerry. Tengo mucho trabajo. Te prometo que me cuidaré de tu asunto.

—Señor Wilder… ¡Sé que no lo hará!

—¡Qué bobada, muchacho! Lo que ocurre es que llevo demasiadas cosas en la cabeza y no puedo atenderlo todo. Cada vez que hago una visita a este centro, tengo que llevarme un buen montón de expedientes para ver si alguno de los hallazgos puede ser útil para el Instituto Wilder.

Señaló al secretario particular que siempre le acompañaba, indicándole:

—Toma nota, Makensy. Debemos ocuparnos de lo de Jerry. Y ahora, si me permites, muchacho...

—Por supuesto, señor Wilder. Tiene muchas cosas que hacer y el permiso que me han dado a mí termina dentro de pocos minutos. ¡No le molestaré más!

—No es ninguna molestia. Me han dicho que vas haciendo poco a poco progresos y que has conseguido construir nuevos aparatos que...

—Son poco potentes, señor. Así nunca terminaré. ¡Necesito antenas ultrasensibles, buenos magnetófonos, filtros adecuados y un sinfín de cosas más!

—¿Qué pasa? ¿No te suministran todo lo que pides?

—¡Nunca lo hacen! Cuando no falta una cosa es otra. ¡Pero ya me es igual! Ya desde la puerta, antes de despedirse le anunció:

—Nos vamos aclimatando, señor Wilder. ¡No se preocupe! Creo que un día de éstos Marlene y yo nos casaremos y nos quedaremos para siempre aquí.

—Ya te dije que no era tan malo, aunque... ¡Por supuesto que os sacaré!

Charles Wilder se puso distraídamente a hojear unos documentos sin ver que Jerry Kelly había abandonado el despacho. Cuando levantó la cabeza y miró a su secretario particular, amigo de toda la vida de él, indagó:

—¿Ya se ha marchado ese majadero, Makensy?

—Sí, Charles. ¿Por qué no terminas esta comedia de una vez?

—¿Para qué? En el fondo me divierte. Siempre es conveniente

pasar por buena persona y a las autoridades del centro les gusta verme preocupado por uno de los internados.

—Quizá les gustaría saber que quisiste deshacerte de él, como lo hiciste con su padre.

Charles Wilder dio un respingo nervioso y reprendió:

—¿Quieres callarte? No me gusta hablar de aquello. Al padre de Jerry tuve que matarle porque se puso insolente conmigo, con eso de que éramos amigos no me respetaba y hacía lo que le daba la gana en el Instituto que fundó mi abuelo. Estaba obsesionado con eso de sus leyes acústicas y a mí no me gustaban esas investigaciones.

—¡Toma! ¡A cualquiera! Si llega a conseguirlo, podría «cazar» las ondas sonoras de muchas conversaciones tuyas y... ¡Adiós prestigio del gran y poderoso Charles Wilder!

—Tú no puedes tampoco hablar, Makensy. ¡Tienes también mucho que ocultar!

—Menos que tú, Charles. ¡Tú llegaste más alto!

—¿Vamos a tirarnos ahora los trapos sucios a la cara?

—No, Charles. Pero no me gusta que, encima, te burles de ese muchacho.

—¿Qué quieres que haga? Conseguí que le incluyeran con sus amigos en la expedición a los anillos de Saturno, tras recibir la información de Gassman. Ese chico es muy listo y llegó más allá que su padre. Se fue al «Saturno XI» y ese viejo imbécil de Walter Lehman le facilitó todo lo que yo siempre le había negado. Construyó sus diabólicos aparatos y habría conseguido hacer una realidad su invento. Me había hablado muchas veces de él y yo te digo que una cosa así se puede lograr. ¡Son leyes fijas de la acústica, Makensy!

¡Leyes inmutables!

—¿Por eso también intentaste eliminarle a él?

—¡Y a todos sus colaboradores! Para hombres como tú y como yo, bien está el mundo así. Ninguna falta nos hace que nuestras palabras puedan ser un día «cazadas» como si fueran mariposas y volverlas a oír quien no debe. ¿No te parece?

—Sí, pero ya viste que se salvaron.

—Por la avaricia del estúpido de Luis Streisand. Quiso quedarse con los instrumentos y embaló otros, dando lugar a que descubrieran el engaño.

—¿No colocó también en la nave un artefacto atómico?

—Sí, pero te digo que lo descubrieron y regresaron. Luego, ya en la nave nodriza, ¿qué podía hacer? No era conveniente levantar más sospechas: allí manda el general Peter Masson y es una persona muy recta.

Charles Wilder se puso a pasear por el amplio despacho, las manos bien cuidadas cruzadas a la espalda antes de mirar a su ayudante y seguir:

—Aquí están bien. Si no levantamos los cargos en el Instituto Wilder. ¡Nunca saldrán de aquí! No me pueden molestar.

Volvió a reinar el silencio entre los dos antes de que Makensy opinase:

—Charles... ¿No sería mejor provocar otro «accidente»? Si el padre murió abrasado, según creen todos, cuando investigaba en su invento, al hijo le puede pasar igual, ¿no te parece?

—Voy a decirte algo, Makensy... No tienes por qué odiar tanto a Jerry Kelly. Un día u otro mi hija dejará de pensar en él, y tú podrás casarte con ella. ¿Para qué complicarnos más?

—Y yo te hablaré con franqueza, Charles. ¡Me estoy cansando de esperar! Fanny sigue queriendo a ese genio... ¡Y Jerry Kelly puede un día salir de aquí!

—No lo creas.

—¿Qué me dices de las autoridades de ese centro? De vez en cuando se hacen revisiones de las causas y el delito de esos hombres no es tanto. Con un par de años...

—¡Te digo que no! Me cuidaré de eso. Ese muchacho acabas de oír que terminará casándose con la muchacha que llegó con ellos. Aquí pueden vivir felices y se olvidarán de todo. ¡Muchos lo hacen!

—Hombres como Jerry nunca se amoldan a esta vida. ¡Mejor

sería terminar con él! ¿Y si un día consigue todo el material que precisa? ¿Te figuras la que formaría «cazando» como él dice todas las palabras que flotan en el espacio?

—Nunca le dan el material preciso. ¡Lo he ordenado yo!

—¿Y si lo consigue?

—¡Está bien! Haz; lo que quieras, Makensy. ¡Es cosa tuya!

—Gracias, Charles... ¡Pero quiero que Fanny sepa que ha muerto en alguna parte! Debes comprenderme.

—Aceptado, amigo. Pero hazlo lo mejor que puedas. ¡No quiero líos!

—Descuida... Ya tengo experiencia en provocar «fortuitos accidentes».

* * *

La experiencia de la que Makensy había alardeado ante su jefe y amigo, aquella vez no le sirvió de nada.

Aquella misma tarde él y Charles Wilder fueron detenidos por las mismas autoridades del Centro de Investigación Mundial, donde ellos dos eran de las personas que hasta aquel día más habían mangoneado allí.

Pero fueron detenidos ante pruebas irrefutables.

«¡La voz del Universo» había hablado!

Jerry Kelly pudo presentar una cinta magnetofónica, con la conversación que los dos hombres habían sostenido en su monumental despacho, en el piso trescientos catorce y a más de cinco kilómetros del taller experimental del ingeniero acústico..., ¡que había conseguido «cazar» aquella conversación con un rudimentario equipo construido por él mismo, pese a la negativa de ciertas partidas del material que precisaba!

—La falta de medios la suplí con ingenio —aclaró Jerry Kelly.

—Pero entonces... ¿Su invento es un hecho?

—Lo será cuando esté más perfeccionado y se pueda utilizar para «cazar» ondas sonoras que hace siglos siguen extendiéndose en el espacio. En este caso pude hacerlo porque disponía de todos los datos más precisos. Lugar donde yo había dejado al señor Wilder, tiempo exacto, situación, temperatura del medio ambiente y algunas cosas más que me fue sencillo calcular.

Les llevó a su rudimentario taller, mostrándoles sus instrumentos al ampliar:

—La distancia era corta y estas sencillas antenas pudieron recoger las vibraciones sonoras que salían de ese edificio. Los filtros fueron seleccionando todos los ruidos, matizándolos y eliminando los que no me interesaban... ¡El resto fue sencillo!

—¿Es que sospechaba usted del señor Wilder? Jerry Kelly fue sincero al decir:

—Jamás pensé que hubiese asesinado a mi padre, pero si había llegado a sospechar que, por alguna razón, él no quería que dieran resultado mis investigaciones. De ahí a relacionarle con todo lo que pasó en el «Saturno XI», había un paso que al fin di cuando observé que seguía sin cumplir sus promesas...

—Es un hombre muy influyente, pero ante esta prueba... ¡No tienen defensa posible! Eso que ha conseguido usted es sencillamente maravilloso. ¡Nada menos que volver a recuperar todo lo que los hombres hablen!

—No todo lo que hablen, sino lo que las generaciones pasadas han hablado.

—¡Realmente fantástico!

—Cierto... ¡Pero muy delicado!

—¡Exacto!

—No obstante, merece la pena seguir luchando para conseguirlo de una forma total. Piense que, así como Charles Wilder y ese canalla de Makensy recibirán su castigo, lo mismo les espera a todos los culpables al poder ser descubiertas todas las secretas confabulaciones criminales.

—Entonces no habrá secretos, porque ¡el Universo hablará!

* * *

En lo que sí acertó Charles Wilder fue al decir que el Instituto que había fundado su abuelo financiaría los gastos de investigación y montaje de lo que ya todos llamaban el «invento» de Jerry Kelly.

Cierto que aún se tenía que trabajar mucho, pero las siguientes pruebas que realizó aseguraban el éxito.

Un satélite artificial fue enviado en torno al último planeta del sistema solar, para que mientras quedaba en órbita en torno a Plutón sirviese de ideal plataforma desde la que los extraños instrumentos acústicos pudieran empezar a ir «cazando» los sonidos.

Y al nuevo satélite se le llamó «La voz del Universo».

Jerry Kelly fue nombrado encargado de aquel nuevo ingenio del hombre, mientras que la doctora Marlene Power se convertía en su esposa y su más fiel colaboradora.

Y allí, en los confines del sistema solar, asomados al hiperespacio que tendrían que sondear para hacer realidad sus sueños, pudieron saborear la verdad de su amor que tantas pruebas difíciles había sabido salvar.

Ellos eran enamorados de la verdad.

La verdad absoluta que un día podrían ofrecer como peligroso regalo al mundo entero...

Lo único que faltaba saber era si el hombre resistiría la difícil prueba cuando «La voz del Universo» empezase a hablar...

F I N